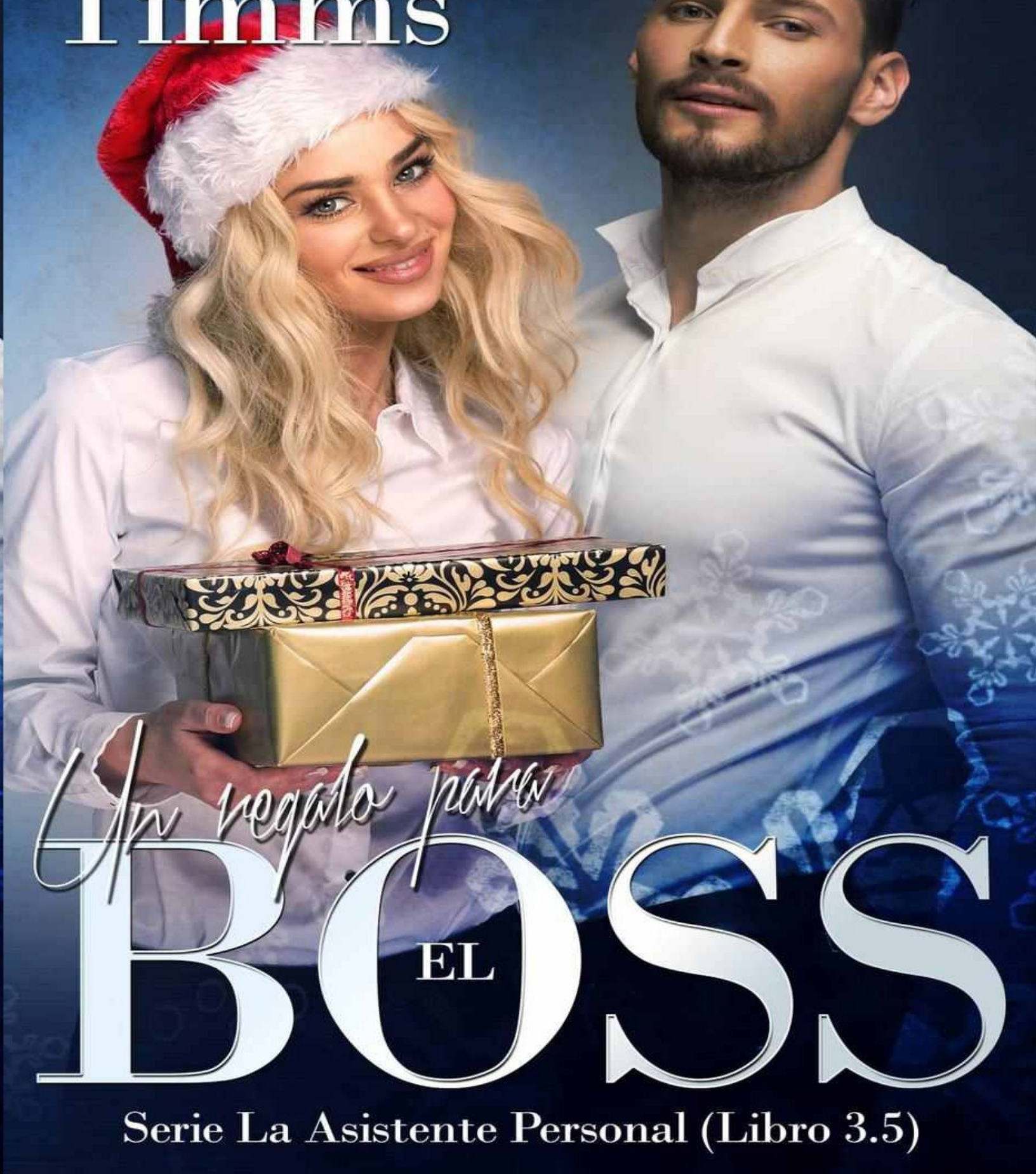


Lexy  
Timms



*Un regalo para*  
**EL BOSS**

Serie La Asistente Personal (Libro 3.5)

# **Un regalo para el Boss**

## **Lexy Timms**

Traducido por Lola Fortuna

“Un regalo para el Boss”

Escrito por Lexy Timms

Copyright © 2017 Lexy Timms

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

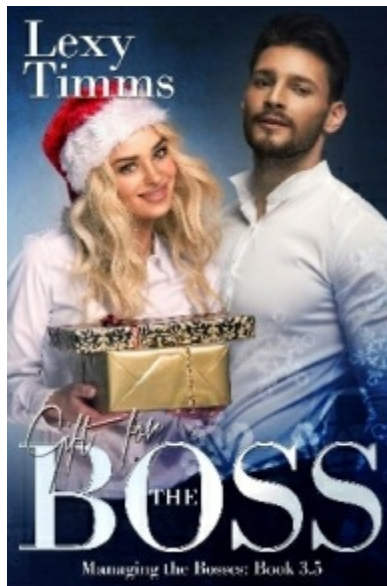
[www.babelcube.com](http://www.babelcube.com)

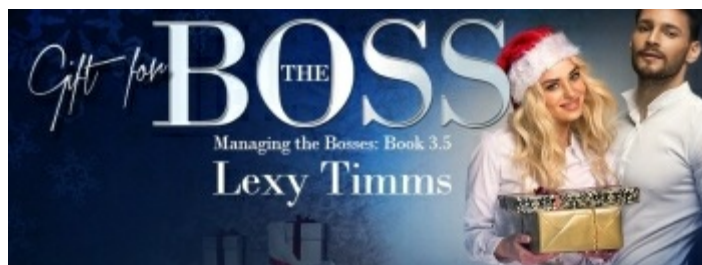
Traducido por Lola Fortuna

Diseño de portada © 2017 Book Cover by Design

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

**Un regalo para el Boss**  
**Novela breve de Navidad**  
**Libro 3.5**  
**Serie La asistente del Jefe**  
Lexy Timms  
Copyright 2015 Lexy Timms





Todos los derechos reservados. No se podrá reproducir, almacenar ni transmitir en manera alguna ninguna parte de la presente publicación; ya se trate de medios mecánicos, fotocopiado, grabación u otros, sin el consentimiento explícito de la autora y del editor del libro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios de comunicación e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan con fines de ficción. Cualquier parecido con alguna persona viva o muerta, con acontecimientos, locales y demás es meramente una coincidencia. La autora reconoce el estatus de marca registrada de los distintos productos a los que se hace alusión en esta obra de ficción. Estos se han usado sin permiso de las marcas. La publicación, uso de las mismas no ha sido autorizado ni está asociado ni esponsorizado por los dueños de dichas marcas.

**Derechos reservados**  
**Copyright 2015 Lexy Timms**

# Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Derechos de Autor](#)

[Derechos de Autor](#)

[Un regalo para el Boss](#)

[Descubre a Lexy Timms:](#)

[Sinopsis:](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Nota de la autora:](#)

[Encuentra a Lexy Timms:](#)

[Managing the Bosses Series](#)

[Otros libros de Lexy Timms:](#)



# Descubre a Lexy Timms:

**Lexy Timms Newsletter:**

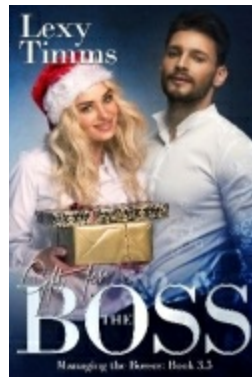
<http://eepurl.com/9i0vD>

**Lexy Timms Facebook:**

<https://www.facebook.com/SavingForever>

**Lexy Timms Web:**

<http://lexytimms.wix.com/savingforever>







## Sinopsis:

*La autora superventas Lexy Timms nos ofrece una serie de novelas románticas de multimillonarios que te harán enamorarte y suspirar una y otra vez.*

### ***Un regalo para el Boss - Novela breve de Navidad***

Jamie Connors desempeña su labor como Asesora Senior y es la novia del guapísimo y sexy multimillonario Alex Reid.

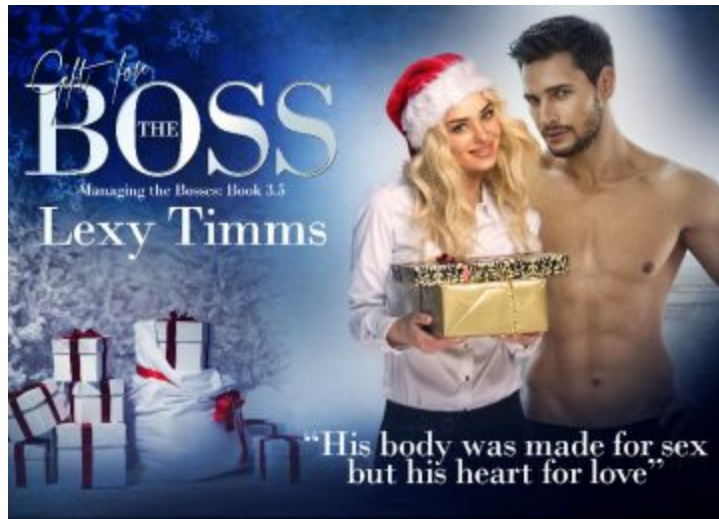
Acaba de mudarse a la planta de arriba, donde se encuentra la suite de él dentro de la mansión. Está adaptándose a su nueva vida y, por primera vez en mucho tiempo, es increíblemente feliz. ¡El espíritu de las fiestas se ha apoderado de ella!

Alex y Jamie van a pasar su primera Navidad juntos y quieren que sea memorable y perfecta.

¿Sabes lo adorable que puede ser el amor cuando tienes al jefe y al novio perfectos?

*Esta es una novela breve de Navidad que se puede leer independientemente del resto de la Serie La asistente Personal. ¡Lo considero el libro 3.5 porque encaja de maravilla entre los libros 3 y 4 de la serie!*

Solo para mayores de edad. Hay situaciones adultas, pero se trata de una historia de amor, no de novela erótica.



# Índice

Capítulo 1.....	7
Capítulo 2.....	16
Capítulo 3.....	27
Capítulo 4.....	36
Capítulo 5.....	46
Capítulo 6.....	54

# Capítulo 1

## Nochebuena

Las fiestas se le echaron encima y parecía que aquel año Jamie iba a tener mucho más movimiento del que recordaba haber tenido jamás. Lo más probable era que aquello tuviese que ver con el hecho de que tenía un trabajo fantástico, de que se había reconciliado con su familia y que tenía un novio que la tomaba en cuenta como persona. Probablemente él era de esos a los que no les gustan los regalos, pero Jamie quería encontrar algo realmente especial para él que no fuera comprado o que no costara un ojo de la cara. Alex podía permitirse lo que quisiera.

Jamie miró cuando se abrió la puerta de su despacho. El jersey negro de punto que llevaba combinaba a la perfección con sus botas y ella lo había acentuado con un cinturón rojo y unos pendientes navideños a juego. Sus leggings negros la mantenían abrigada pero sin perder el aspecto profesional. Todo el personal tenía el día libre, les habían pedido que se pasaran por la oficina después de las dos para que recogieran su paga extra de navidad y para que Gina les diera sus regalos.

Alex asomó la cabeza en el despacho, su sonrisa hizo que Jamie sintiera que se le encendía el calor desde el centro del alma.

—¿Y esa sonrisa enorme a qué se debe? —preguntó cuando su guapo y multimillonario jefe (que ahora era también el novio con el que vivía) entró cerrando la puerta detrás de él.

—Es que siento que tengo todos los motivos del mundo para sentirme agradecido. —La envolvió en un fuerte abrazo y le ofreció una sonrisa sexy—. Especialmente por ti.

Jamie sonrió de oreja a oreja y lo abrazó con fuerza. El jersey gris pizarra que llevaba le quedaba perfecto y tenía un tacto maravilloso. Ella emitió un suave gemido mientras el deseo escalaba en su interior debido a la cercanía de Alex.

Los ojos de él se abrieron más y su sonrisa se volvió pícaro.

—¿Ah, sí? ¿Mi gatita tiene ganas de mimos?

—Siempre pero... —Jamie se apartó de él y volvió la mirada hacia las seis mesas llenas de regalos que habían ido a comprar juntos—. Me parece que el

momento sexy va a tener que esperar. Mi jefe es muy generoso con sus empleados.

–Especialmente en la cama. –La abrazó por detrás y le acarició el cuello con la nariz.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Jamie.

–¿En la cama? ¿Todo tu personal conoce tu naturaleza generosa en la cama?

Él se enderezó.

–¿Qué? No. Lo que quería decir es que... Me refiero a que...

Jamie se apartó de él y soltó una carcajada.

–Sé lo que querías decir, guapo mío. Te estoy tomando el pelo.

–Me gustaría que me *tomaras* el pelo y otras cosas... en el dormitorio. – Ahora era él quien se reía—. ¿Crees que tenemos regalos para todo el mundo?

Jamie cogió un reproductor de DVD y miró por encima del hombro. No pudo evitar sonreír cuando Alex ajustó su postura. Les bastaba con tocarse para que él se excitara.

–Creo que tenemos más que suficiente, Alex. Cada regalo de los que hay aquí cuesta al menos cien dólares. Y además va a ser muy divertido lo de dar regalos al azar. Ya me gustaría llevarme cualquiera de estas cosas. –Dejó el regalo y se giró hacia él una vez más.

En ese momento Gina entró al despacho y le guiñó un ojo a su amiga.

–Lo que no me apetece es tener que envolverlo todo.

–¿Verdad que no? –Gina puso los ojos en blanco—. ¡Vamos a tardar siglos! Tenemos que preguntarle a Papá Noel dónde están sus elfos.

Gina se puso en jarras, deteniéndose junto a Alex. Su largo pelo color castaña estaba recogido en un moño informal y llevaba un jersey navideño que era una monada.

Jamie miró a Alex.

–Hey, Papá Noel, ¿dónde están tus elfos becarios para ayudarnos?

Él miró el reloj.

–A ver, listillas... Van a llegar en treinta minutos. Le pedí a uno de los directores de contabilidad que los trajera a las once. Solo se salvaron los que tenían que salir de la ciudad.

–¿Y quién va a dirigir la locura? –preguntó Gina mientras Alex se dirigía hacia la puerta.

–Vosotras dos. –Hizo una pausa. Parecía ignorar las quejas, sus ojos lo repasaban todo—. Vaya, hombre, se me olvidó por completo.

Jamie dejó de mirar a Gina para arquear una ceja.

–¿Qué?

–¡El árbol! Necesitamos un árbol para casa. Joder, que es Navidad –  
contuvo la risa–. Vale, chicas. Preparad los látigos para cuando lleguen los  
elfos, que envuelvan todos estos regalos. Vuelvo enseguida.

–¿Látigos? Como si fuéramos las malas de Recursos Humanos –murmuró  
Jamie mientras el calor le subía por el pecho para llegar hasta sus mejillas.

Alex volvió a abrir mucho los ojos por segunda vez aquel día.

–Tú no. Tú eres solo mía. Que Gina les dé con el látigo. No quiero que  
ninguno se enamore de ti.

–Entendido, jefe. –Jamie miró a Gina, poniendo los ojos en blanco con un  
aire juguetón mientras Alex las dejaba a solas–. ¿Sabes lo que menos me gusta  
de las fiestas?

–Seguro que envolver los regalos. –Gina cogió un rollo de papel de  
envolver.

–Eso y la gente que se pone como loca. Lo de envolver tantísimos regalos  
los vuelve locos. Es mucho trabajo lo de hacer que los regalos queden bonitos  
y luego llegan los demás y destrozan el trabajo para mirar el regalo como si  
adentro se encontrara el secreto de la vida. Dos segundos después, tu obra  
maestra está por el suelo.

Jamie caminó hasta la puerta de su despacho para ver cómo Alex entraba  
en el ascensor.

Él se giró y apoyó los hombros en la pared del fondo, sus ojos fijos en  
ella, mientras sus manos se deslizaban sobre su propio abdomen apretándolo.

–¡No es justo! –gritó Jamie cuando la puerta del ascensor se cerraba–. Te  
juro que ese hombre va a acabar matándome.

–Nos va a acabar matando a todos. Becarios, empleados... esto es una  
tortura. –Gina empezó a clasificar los regalos en montones de cosas similares.

Jamie se echó a reír, sabía que Gina no había visto lo que Alex había  
hecho. Medio año atrás habría jurado que Alex nunca haría algo así. Su risa se  
volvió traviesa. Las fiestas enloquecen a la gente.

–Me encanta el buen humor de Alex. Es como si el espíritu navideño se  
hubiese apoderado de él.

–Lo ha hecho, sinceramente creo que no lo había visto tan ilusionado en  
todos los años que llevamos trabajando juntos.

–¿En serio? –Jamie se detuvo un momento–. ¿No suele estar feliz por las  
fiestas?

–Jo, para nada. Suele ponerse gruñón, no le gustan –Gina contuvo una risa–. Creo que tener a Mamá Noel ha contribuido a su buen humor... mucho. Jamie se rió.  
–Ojalá.

\*\*\*

Cruzó los brazos sobre el pecho y miró a su alrededor dos horas después, todos y cada uno de los regalos estaban envueltos, perfectos y bonitos. Los siete becarios que vinieron a ayudar estaban exhaustos y Gina no tenía muy buen aspecto.

–Buen trabajo, chicos. Increíble. –Jamie asintió mirando los regalos–. Escoged el que queráis. Podéis marcharos para empezar a disfrutar de las fiestas.

–¿Segura? –Una de las chicas más bajitas señaló las mesas llenas de regalos–. Me parece que deberías darnos tú uno cualquiera. Nosotros sabemos lo que hay en cada paquete.

Gina abrazó a la chica por los hombros.

–Exacto. Es parte del agradecimiento por haber venido hoy. Coged el que queráis y podéis marchaos.

–A mí no me lo tienen que decir dos veces. –Uno de los chicos cogió una caja de tamaño medio con una gran sonrisa–. Me muero por tener una Play Station desde que salieron estas nuevas. El señor Reid las escogió, ¿no?

–No. Fui yo. Soy una gamer de incógnito, no se lo digáis a nadie – respondió Jamie y su risa resonó mientras los ojos del chico se abrían como platos.

Todos cogieron un regalo, se despidieron y se marcharon. No había pasado ni un segundo cuando Alex entró de nuevo en el despacho. Llevaba un poco de nieve en el pelo y en los hombros, sobre la lana negra de su abrigo. Parecía desanimado, comparado con el aspecto que tenía antes.

–¿Qué ocurre? –Jamie dejó la bolsa de cintas que tenía y caminó hasta él, deslizando los brazos alrededor de su cintura y levantando la mirada para observarlo con atención.

Gina sabía de su relación, como ocurría ya con casi toda la oficina. Tras un inicio de año duro, decidieron pasar al siguiente nivel con su relación, lo cual incluía dejarse ver como una pareja en público y en la oficina. Era como si Iron Man finalmente hubiese admitido que quería a Pepper Potts.



–Acabo de recibir una llamada de Jeremy Whittington. Su peque está en el hospital con neumonía. Es solo que me he quedado mal por lo seria que es la cosa, según me ha dicho Jer.

Alex se encogió de hombros y luego abrazó con fuerza a Jamie.

–¡Qué mal! –Jeremy tenía una capacidad fantástica para los negocios. Jamie no sabía que tuviese familia más allá de su mujer–. Deberíamos ir al hospital a ver a su familia. Puedes llevarle su regalo a Jeremy y quizás podamos comprar algunas cosas para su hijo. ¿Es niño o niña? –Jamie se echó hacia atrás y le limpió la nieve a Alex de sus anchos hombros.

–Una niña de seis años. Alyssa. –Se acercó para besar a Jamie con suavidad, como si no hubiese nadie más en la habitación–. Me encanta tu corazón generoso. Me conmueve y me hace querer ser mejor persona.

La voz de Jamie se suavizó debido al torrente de emociones que tenía en su interior.

–Ya eras la mejor de las personas antes de que te conociera.

Gina interrumpió el momento de forma cómica.

–Vale, vosotros dos. Si no me vais a presentar a un tío bueno con el que pueda hacer manitas, dejadlo ha. A algunos no nos gusta que nos recuerden aquello de lo que carecemos durante las fiestas.

Jamie se giró y caminó hacia Gina, tirando de ella para darle un raro abrazo lateral.

–Vas a encontrar al hombre perfecto, te lo prometo.

–No, no lo va a encontrar. –Alex se movió hacia los regalos y empezó a revolverlos.

–¿Por qué? –preguntó Jamie soltando a Gina.

–Porque solo existe un hombre perfecto y ya está ocupado. –Les ofreció a las dos una sonrisa descarada.

–¿He dicho perfecto? Me refería tan solo a bueno. Lo de perfecto ahora tiene otro significado.

La picardía que había en la voz de Gina hizo que todos volvieran a reír.

–Ya sabes que estoy de broma. –Alex caminó hacia la puerta y luego se detuvo–. ¿Está todo preparado para el reparto de regalos, Gina?

–Sí, señor.

–¿Puedes encargarte de ello? –preguntó Alex.

Gina movió la mano.

–No esperaba que tú te quedaras por aquí para repartir regalos entre cientos de empleados. –Sonrió y se acercó a Jamie y Alex–. Marchaos, yo me

encargo. –Cogió un regalo al azar y lo agitó–. Uno para ellos, dos para mí.

–Seguro que necesitas más que eso. Por soportarme todo el año te debería dar una casa nueva o un barco.

–Me quedo con las dos cosas. Gracias, jefe. –Cruzó la habitación y le dio a Alex un abrazo rápido. La calidez entre los dos hizo que a Jamie se le llenaran los ojos de lágrimas.

–Vámonos. –Alex se soltó del abrazo de Gina y miró a Jamie. Su sonrisa mostraba amabilidad, entendía los sentimientos de ella–. Tenemos que conseguir un árbol de navidad.

Jamie se secó las esquinas de los ojos y salió del despacho con los dos.

–Pensaba que te habías ido a comprar un árbol.

–¿En mi Lexus? No, tontilla. –Le cogió la mano–. Necesitaba una furgoneta para ir a por el árbol.

–¿Has comprado una furgoneta? –Jamie arqueó una ceja mientras se pegaba al costado de Alex.

–¿Te sorprende? –Gina se rió y caminó hasta su escritorio–. Que os divirtáis, chicos y Feliz Navidad.

–Feliz Navidad, Gina. –Alex se dirigió al ascensor y tiró de Jamie para que entrara cuando ella terminaba de despedirse. Él la puso contra la pared justo cuando la puerta se cerraba y le pasó las manos por los costados hasta llegar a la cadera–. He comprado la furgoneta para que hagamos las cosas bien. Igual que voy a hacerlo contigo esta noche.

–Eso lo quiero... ahora.

Jamie entrelazó los brazos alrededor del cuello de Alex y tiró hacia abajo, apoyando sus labios tibios sobre los labios fríos de él. La lengua de Alex le rozó los labios y ella inclinó la cabeza un poco, abriendo la boca para recibirlo.

Él emitió un gemido desde la profundidad de su pecho y el cuerpo de Jamie se convirtió en fuego. Quizás hubiese tiempo para pasar por casa antes de ir a comprar el árbol de navidad o después de coger el árbol y antes de ir al hospital.

*Sí... eso es.*

El beso se vio interrumpido cuando el ascensor se abrió y alguien se aclaró la garganta. Jamie se sonrojó y se apartó de Alex, murmurando una disculpa.

–Lo siento. Eres tan increíblemente sexy, cariño. Eres el fuego en el que quiero calentarme cada noche –le susurró él en el oído.

La envolvió con un brazo y se agachó para darle un beso en la nariz antes de salir del ascensor y dejar que subiera la pareja mayor.

Jamie intentó ahuyentar las tremendas y malvadas fantasías sexuales que tenían como protagonista al tío bueno que estaba a su lado.

Alex abrió la puerta principal del edificio y una ráfaga de nieve cayó del cielo. Jamie levantó la mirada.

–Me encanta esta época del año.

–A mí también –respondió Alex–, pero empieza a caminar antes de que se me caiga el trasero por congelación.

Abrió la puerta de una gran furgoneta blanca y la ayudó a subir.

Jamie esperó a que él también subiera y a que se pusieran en marcha hacia una de las granjas que vendía árboles de navidad, entonces respondió:

–Que no se te caiga el trasero por congelación. Me gusta demasiado.

–Bien, pues es todo tuyo. –Alex se lamió los labios mientras la miraba.

No hacía falta mucho más, Jamie ya volvía a pensar en él desnudo y sudoroso.

## Capítulo 2

El camino hasta la granja de árboles de navidad fue rápido y cómodo, no necesitaban cubrir el silencio con charlas intrascendentes. Alex aparcó la furgoneta en la hierba cubierta de nieve y apagó el motor.

–¿Lista? –El entusiasmo era casi palpable en su cara.

–Sí. ¿Siempre estás tan entusiasmado en Navidad? –Ella abrió la puerta del coche y bajó.

Alex caminó al otro lado y cerró la puerta para empujar luego a Jamie con su cuerpo contra el lateral de la furgoneta.

–No. Este es el primer año que tengo a alguien con quien celebrar. No puedo evitar sentir burbujas en mi interior.

–Me encanta. –Ella se puso de puntillas para darle un beso dulce.

–Sí, bueno, pues yo te quiero. –La empujó con la cadera y volvió a besarla, profundizando un poco, apoyando luego la frente contra la de ella y jadeando ligeramente—. Te deseo. Es como si hubieran pasado siglos desde la última vez que me adentré en ti.

–Fue esta mañana, antes de ir a trabajar, tú, chico salido. –Jamie rió divertida y lo empujó desde el pecho.

–Hace un siglo. Quiero más. –La persiguió mientras ella corría hacia la entrada—. ¡Dámelo!

–Todo tuyo, pero compórtate durante una hora, luego te haré entrar en calor en el camino de vuelta a casa.

Él se detuvo a su lado y le tomó la mano.

–Eso me gusta.

–Bien.

Jamie exhaló con suavidad, le encantaba el vaho que salía de su respiración. Estaba helando, lo cual era divertido un ratito, pero debían darse prisa si no querían que se les congelara el culo y que ese fuera el menor de los males. Normalmente lo primero eran los dedos, y Alex tenía un talento especial con ellos, no valía la pena correr el riesgo.

–Vale. Cojamos el árbol más grande que encontremos. –Alex caminó hasta la caja y sacó la cartera.

Jamie dejó que hablara con el dueño del negocio sobre dónde estaban los árboles más grandes y caminó por allí, mirando los árboles de hoja perenne que se encontraban en gruesas filas frente a sus ojos.

Poco después Alex estaba a su lado con un hacha al hombro.

–¿Qué pinta tengo?

Ella lo miró y se tapó la boca con la mano, soltando una carcajada.

–Pareces un leñador buenorro y sexy. –Era incapaz de permanecer seria–. ¿De verdad vas a cortar el árbol con un hacha?

–No lo sé. Soy nuevo en esto. Quizás es una novatada que el vejete me está jugando. Me ofreció una sierra mecánica, pero le dije que los hombres de verdad talan los árboles con esto –hizo una mueca.

–¡Venga ya! Ay, los hombres y su necesidad de demostrar su hombría. – Jamie puso los ojos en blanco pero no pudo ocultar su sonrisa–. ¿Te ha dado su número para que lo llames y nos traiga la sierra cuando te canses de talar?

–¡Hey! Deja de atacar mi hombría. –Buscó la mano de Jamie.

–Ay, cariño... no he ni empezado a atacar tu hombría. Eso lo dejo para el viaje de vuelta a casa.

Él tragó con un gesto exagerado.

–Busquemos nuestro pedazo de árbol y marchémonos de aquí.

–Ya sabes que los techos de casa son altos, pero no tanto como el cielo. Coge un árbol que quepa. –Jamie señaló los de tamaño mediano–. Algo así.

–¿Qué? No. Necesitamos uno enorme. Eres mujer, no sabes cómo calcular las medidas a ojo.

–Por supuesto que sé. –Jamie apartó la mano de la de él–. Diez centímetros me caben perfectamente.

–Bicho malo. –Le dio un cachete en el trasero y caminó hacia un pino–. Este me gusta para nosotros.

–Es demasiado grande, Alex. En serio.

Jamie rodeó el árbol y respiró hondo. El olor familiar le trajo recuerdos de su infancia, tanto buenos como malos.

–Es perfecto. Vale... ¿cómo lo hacemos?

Alex se inclinó como si fuera a pegarle a una pelota de golf y golpeó con el hacha un lateral del árbol. Cayó nieve de la copa y los cubrió mientras un pájaro volaba desde el centro del árbol. Jamie corrió en una dirección y Alex en otra.

Ella se giró y soltó una carcajada, tenía los ojos llenos de lágrimas por el gesto salvaje de Alex.

–¿Qué? –se quejó él–. Tú también te has asustado.

–No tiene precio. –Jamie caminó otra vez hasta el árbol y sacó el móvil–. ¿Cuál es el teléfono del chico de la caja? No tenemos todo el día para esto.

–Claro que sí. Voy a cortar un poco y luego tú puedes cortar también, Señorita Diez Centímetros.

Jamie meneó la cabeza y le indicó a Alex que lo intentara.

Él se puso de rodillas y empezó a balancear el hacha sobre el tronco sin golpear nunca en el mismo corte anterior. Unos cuantos minutos más tarde levantó la mirada, sudado y exhausto.

–Vale, llama a aquel tipo. Joder. –Giró sobre su costado y quedó boca arriba, respirando hondo y jadeando por el trabajo duro que no le había llevado a nada.

Jamie se rió un segundo de él y luego llamó al dueño del lugar. Se dejó caer junto a Alex mientras esperaban y le puso la mano en el pecho.

–Los hombres de verdad no talan su árbol. Lo sabes, ¿no?

–¿No? ¡Mierda! ¿Por qué no me lo dijo alguien desde el principio?

–Porque era demasiado divertido observarte. –Soltó ella mientras él la abrazaba para hacerla girar sobre la nieve y colocar su cuerpo apretando el de ella.

–Hay otras muchas cosas que me gustaría que me vieras hacer. –Movié las cejas y se apartó al oír la voz de un niño pequeño.

–Papá, ¿qué hacen en la nieve? Pensaba que me habías dicho que no se podía jugar porque se congelan los dedos. –El bandido no podía tener más de ocho años–. ¿Están intentando hacer ángeles de nieve?

Alex se puso de pie y tiró de Jamie para levantarla.

El padre sonrió y asintió, ignorando la pregunta del niño.

–¿Necesitáis ayuda?

–Pues sí. –Alex sacó la cartera–. El dueño iba a venir para hacerlo, pero preferiría pagaros a vosotros si queréis ayudarnos.

–No es necesario. –El hombre sonrió y arrancó su motosierra.

Jamie se acercó a Alex; los dos vieron cómo segundos después el árbol caía. Era encantador ver al equipo formado por padre e hijo ayudando juntos a la gente en la granja de árboles.

–Ya está. ¿Queréis que os ayudemos a llevarlo al coche? –El niño se sacudió las manos en sus pequeñas piernas.

–Claro.

Alex sonrió y se puso en marcha cogiendo una parte del árbol, mientras que el niño y su padre cogían otra. Jamie trotó hasta la furgoneta para abrir la parte de atrás y ayudar a montar el árbol.

Alex le dio al padre unos cuantos cientos de dólares y también le dio un billete al niño. Los ojitos del pequeño se abrieron de par en par y empezó a saltar arriba y abajo.

–Feliz Navidad. –Alex le abrió la puerta a Jamie y la ayudó a subir.

Ella estiró el brazo para impedir que cerrara la puerta.

–Eso ha sido muy dulce de tu parte.

–Lo hice para impresionarte. –Alex se encogió de hombros y cerró la puerta, pero el ligero movimiento de su labio le indicó a Jamie que bromeaba.

–No. –Lo miró y le tocó el hombro con cariño—. Tan solo eres un buen hombre, aunque no quieras admitirlo.

–Vale. Pues este buen hombre quiere su premio. –Arrancó la furgoneta y tiró de Jamie para acercarla, deslizándola sobre el largo asiento único—. Dime otra vez lo que me he ganado.

Jamie deslizó la mano sobre su paquete y apretó con suavidad mientras se acercaba para posar los labios sobre el oído de Alex.

–Dime qué quieres.

–Quiero lo que quieras darme. Te quiero a ti. –Se giró y la besó rápidamente para luego poner su atención en la carretera.

–Qué bien se te dan las palabras, cariño.

Jamie se tumbó boca abajo sobre el asiento de la furgoneta, doblando las rodillas para que las espinillas le quedaran contra la puerta. Levantó el jersey de Alex y también la camiseta que llevaba debajo, luego se encargó de liberarlo de los vaqueros.

Él bajó la mirada y deslizó la mano sobre el pelo de ella mientras emitía un suave gemido.

–Joder, lo necesito.

–Sí, lo necesitas.

Jamie sonrió ante el delicioso grosor de su polla, que salió de un bote de los pantalones. La acarició un poco y luego se movió para sustituir a la mano por la boca. Alex estaba tibio y más duro de lo que lo recordaba aquella mañana. Lo necesitaba, y ser quien podía cubrir esa necesidad resultaba más que alentador.

–Tu boca está tan caliente, amor. Tan húmeda. –Alex hablaba con tonos guturales mientras levantaba la cadera, entrando así más a fondo en la boca de

Jamie.

Ella tomó todo lo que él le ofrecía y lo llevó rápidamente al borde del orgasmo. El sonido de sus fuertes gemidos mezclado con la fuerza con la que le sujetaba el pelo, hizo que el cuerpo de Jamie también se inundara de lubricación.

–Me voy a correr, Jamie. Échate para atrás, cariño y yo termino. –Tiró de su pelo y ella gruñó fuerte–. Joder. Vale, haz lo que quieras, de todas formas es tuya.

Alex chilló cuando Jamie aumentó la velocidad, lamiendo y succionando con fuerza para bebérselo todo, tal como sabía que a él le gustaba. El temblor que recorrió a Alex hizo que Jamie sonriera sobre su polla y que deseara repetirlo todo desde el principio.

–Joder. Te quiero a morir. –Dejó escapar un largo suspiro y se movió para volver a ponerse los vaqueros y concentrarse en la carretera.

–Yo también te quiero, pero quiero que sepas que... –hizo una pausa y le dio un beso en la mejilla–. Ese árbol no nos va a caber en casa. Sé cómo hacer que las cosas quepan en espacios pequeños, pero eso no va a caber.

Él la miró y había tanto fuego en su mirada, que podía quemarla.

–Deja de ser tan sexy o detengo la furgoneta en el arcén y te monto.

–Por favor. –Parpadeó coqueta y se movió a su lado del asiento mientras Alex respiraba para estabilizarse.

Al llegar a casa, el color de la cara de él había vuelto a la normalidad y estaba tranquilo, o eso le parecía a Jamie, casi estaba dormido. El millonario hombre de negocios al fin se había relajado.

Pararon frente a la casa y Jamie miró hacia la ventanilla de atrás, dándose cuenta solo entonces de que había un montón de bolsas en el asiento trasero.

–¿Qué es todo eso?

Él también miró hacia atrás después de apagar el motor.

–Para decorar el árbol. He elegido cosas en rojo y verde porque esos son los colores con los que has decorado tu despacho. Sé que te gustan.

–¡Qué divertido! Me encanta.

Jamie bajó de la furgoneta y empezó a sacar los adornos, pero luego se detuvo. Por nada en el mundo iba a entrar ese árbol en casa. Mejor esperar a bajar el resto de las cosas hasta saber si de verdad tenían árbol de navidad o no.

No pudo evitar reír un poco por lo dulce que había sido Alex al intentar talar el árbol, pero aún más por ser tan inocente y pensar que les iba a caber



en casa. No iba a caber.

–¿Quieres ayudarme a meter esta cosa o llamo a uno de los chicos para que venga a ayudarme? –Alex se movió hasta la parte trasera de la furgoneta y abrió la puerta.

–Yo te ayudo. –Jamie pasó la mano a lo largo de la furgoneta, admirándola–. Es preciosa, pero ¿por qué blanca? Todos tus otros coches son negros o rojos.

–Pensé que era un buen color para las fiestas. Blanca como la nieve. –Se encogió de hombros sin darse cuenta de lo adorable que era aún sin pretenderlo.

–Me encanta. –Jamie caminó hasta la parte trasera de la furgoneta–. Hazte a un lado, vamos a sacar el árbol de aquí.

Tardaron unos minutos, pero sacaron el enorme árbol de la furgoneta y lo llevaron hasta la puerta. Luego Jamie tuvo que hacer un descanso. Abrió la puerta principal de la casa y meneó la cabeza.

–Tengo un mal presentimiento –murmuró.

–¿Qué? –gritó Alex detrás del árbol.

–Nada. Tú solo empuja... ¿vale?

Jamie sujetó la copa del árbol y caminó hacia atrás mientras Alex empujaba con demasiada fuerza. Ella se cayó y salió patinando sobre el suelo mientras el árbol entraba hasta el pasillo.

–¿A eso lo llamas ayudar? –preguntó Alex con todo el cuerpo escondido detrás de la base del árbol.

–Sí. –Ella se levantó y se limpió las manos en los pantalones, luego caminó hasta un costado para mirar a Alex a los ojos–. Pongámoslo de pie aquí porque es el punto en el que el techo es más alto. Si no cabe podemos sacarlo.

–¿Qué? No. Sí que va a caber. Soy un hombre, sé de estas cosas. –Le ofreció a Jamie una sonrisa descarada seguida de un gruñido.

–Vale, pero podré decir que te lo dije. Soy mujer.

Jamie se encogió de hombros y se apartó para sujetar el árbol y seguir las instrucciones de Alex. Llegaron al salón, los dos estaban sudando, empujaron el árbol para ponerlo de pie, pero no cabía. Medía más de dos metros, como poco.

–Pero, ¿qué coño? ¿De verdad? ¡No me jodas! –Alex se echó hacia atrás y meneó la cabeza–. Esto no está bien.

Jamie arqueó una ceja.

–¿Bien? Sí, debería caber. A ver... eres un hombre y un leñador. Ni hablar de que te hayas podido equivocar.

–Te voy a dar un cachete en el culo por eso.

Alex se movió hacia Jamie y ella echó a correr hacia la habitación principal. Saltó en la cama y rodó sobre su espalda justo cuando un portazo de la puerta principal llenó el aire detrás de ella. Oyó a Alex quitándose las botas a patadas después de cerrar la puerta.

–¡Ven a por mí! –gritó ella mientras se quitaba las botas y luego los leggings.

–Oh, ya voy, mujer maldita. –Entró en el dormitorio quitándose el jersey y luego la camiseta. Gateó sobre la cama y se puso sobre Jamie, apretándola contra su cuerpo—. ¿Cómo sabías que no iba a caber?

–Te dije que no cabría. Mi familia siempre compraba un árbol de verdad y, aunque yo sea mujer... Se me dan bien las medidas a ojo.

Alex se rió.

–Vale. Tengo otra cosita que quiero que midas a ojo.

Jamie deslizó las manos hasta el borde de su propia camiseta y luego se la sacó por la cabeza. él la ayudó un poco y luego se tumbó encima de ella, posando la boca sobre sus pechos por encima del sujetador.

–Lo que quieras. Sácala y la probamos de distintas formas. –Jamie deslizó las manos sobre el pelo de Alex mientras él le bajaba la parte frontal del sujetador y le lamía los pezones con sensualidad.

El placer se apoderó de ella y abrió las piernas para dejarle más sitio a Alex y que pudiera acceder al centro de su cuerpo.

–Qué buena niña eres, Jamie. –Él bajó hasta plantarle un beso en el monte de Venus—. ¿Qué vamos a hacer con el maldito árbol que has elegido y que es demasiado grande?

Ella arqueó las caderas, apretándose contra la boca de Alex mientras él le mordisqueaba las bragas y la piel más sensible que asomaba junto a los bordes de la seda húmeda.

–Llémoslo al Hospital Scott Thompson cuando vayamos. Los niños podrán decorarlo y disfrutar de él.

–Me encanta. Y ahora... silencio. –Alex le apartó las bragas hacia un lado y apretó la boca contra su piel.

Jamie gritó, perdió la voluntad para revolcarse como una tonta. Se habían terminado los juegos, lo único que buscaba era el placer y en esa categoría él era el mejor, con diferencia.

Los dedos de Alex entraron hasta el fondo de ella y Jamie onduló la cadera otra vez, moviéndose contra sus dedos gruesos y su boca hambrienta.

–Estás deliciosa, Jamie. Sabes a Paraíso.

Él siguió trabajando con más fuerza y más rápido, hasta que aparecieron estrellas detrás de los párpados cerrados de Jamie y ella se abandonó a la experiencia que él le ofrecía.

Un chillido escapó de ella al tiempo que arqueaba la espalda y cabalgaba sobre una ola de éxtasis. Él gimió sobre su piel húmeda y siguió moviendo la lengua sobre las partes más sensibles. Cuando ella ya no podía más, empujó la cara de Alex y se tumbó de lado, jadeando con suavidad.

–Qué bueno –murmuró y tiró suavemente de su brazo para que la envolviera mientras Alex se colocaba justo detrás de ella.

Se quitó los calzoncillos y apretó su gruesa polla contra la entrada de ella, sujetándola en cucharita a la perfección.

–Entonces, ¿me deseas?

–Sí, lo deseo.

Jamie se echó un poco hacia atrás, admitiendo la gruesa cabeza en su cuerpo mientras ambos gemían. Tres meses atrás empezó a tomar la píldora y los dos tardaron un poco en hacerse a la idea de que podían hacer el amor sin las molestias del preservativo. No había nada mejor que sentir la piel de Alex contra la suya. Era la mejor decisión que había tomado en su vida.

–Vístete como una elfa traviesa hoy y yo haré de Papá Noel para los niños.

–Alex se hundió más a fondo, entrando más mientras le acariciaba los pechos.

–No tengo disfraz, pero me parece divertido. Consigamos uno. –Jamie balanceó las caderas hacia adelante y atrás, frotándole la polla como sabía que a él le encantaba. Despacio y con ritmo.

–Yo compré unos para los dos. Me muero por vértelo puesto. –Hizo girar a Jamie sobre la tripa y la montó por detrás, presionando hasta el fondo mientras gemía–. Siempre he querido tener un regalito travieso por Navidad. –Le sujetó la cabeza con las manos y empezó a follarla con más fuerza.

–Si prometes que consumirás tu regalo en cuanto lo abras, es todo tuyo. – Jamie levantó el trasero al aire como para darle una probadita de lo que estaba por llegar.

–Joder –gimió él y siguió moviéndose hasta llevarla más allá del placer, a un lugar lleno de electricidad.

## Capítulo 3

El disfraz que compró Alex le quedaba perfecto y no era excesivamente sexy, lo cual era bueno. Jamie se giró una vez más frente al espejo del baño. Se dio cuenta de que aún le faltaba algo, pero en general... por primera vez estaba contenta consigo misma. Satisfecha. Siempre pesaría más que las modelos de las portadas de las revistas, pero estaba sana, completa, era una mujer de verdad. Todo estaba bien y se sentía bien.

La combinación roja que llevaba debajo del disfraz de elfa también ayudaba un poco. La compró la semana anterior como parte de su regalo de Navidad para Alex.

Salió del baño de invitados y encontró a Alex de regreso, cubierto de agujas de pino y sudor. Se detuvo en seco y sus ojos la recorrieron de arriba abajo.

–¡Guau! –Se llevó una mano al pecho–. Eres lo más hermoso que he visto en toda mi vida.

–¿Con esto? –Jamie se echó a reír y se giró, dejando que los cascabeles de sus zapatitos sonaran.

–Sí, con eso. Me siento como un niño otra vez. –Dio unos cuantos pasos hacia ella mordiéndose el labio–. ¿Llevas algo debajo? Por favor dime que sí. Miente si es necesario.

Ella emitió una risa juguetona y bajó las manos para sujetar el vestido, que le llegaba a media pierna, y levantarlo lo suficiente para que él pudiera ver una liga roja.

–Algo muy travieso solo para ti. –Se giró y levantó un poco más, dejando ver la parte inferior de sus nalgas. Alex gimió y cruzó la habitación.

Tenía las manos frías cuando se las pasó sobre la suave piel y pellizcó con firmeza. Su labios se apretaron contra el cuello de Jamie. Alex respiraba con profundidad, haciendo que a Jamie se le pusiera la carne de gallina.

–Quizás no sea buena idea. El traje de Papá Noel me queda más ajustado de lo que quería y no tengo dónde ponerme una campana ni nada que pueda ocultar mi erección. –Le mordisqueó el lóbulo de la oreja–. ¿Quieres ver cómo es?

–Ni te imaginas cuánto. –Jamie se echó hacia atrás, agitando la cadera para excitarlo un poco–. Ah, que hablabas de tu disfraz de Papá Noel. ¡Qué mal!

–Pequeña elfa traviesa.

Alex volvió a mordisquearle la oreja y se apartó para girarse y correr al dormitorio. Jamie nunca había visto a un Papá Noel que estuviera en forma, pero siempre había una primera vez para todo y, si alguien podía hacerlo, ese era Alex.

Se bajó el vestido y caminó hasta la cocina para buscar una escoba. Las chicas de la limpieza llegarían el día 26, pero quería que todo estuviera bien para la visita del hermano de Alex. Mark se había divorciado en verano y, aunque Alex y él aún tenían muchas cuentas pendientes, era Navidad y decidieron dejar los resentimientos para después.

Jamie acabó de barrer el desastre que había dejado el árbol de navidad cuando lo movieron por toda la casa. Levantó la mirada cuando Alex abría la puerta del dormitorio y se quedó con la boca abierta.

El disfraz le quedaba realmente apretado, como un guante. El bulto entre sus muslos era notable, pero seguro que era porque en aquel momento tenía una erección. Sin duda lo de enseñarle aquel culete navideño prácticamente desnudo había surtido efecto.

–¿Crees que estoy bien? Te juro que era el más grande que tenían. –Alex tiró un poco del tiro de los pantalones.

–Joder, sí. Eres como la versión Superman de Papá Noel. Me alegro de que lo que vayamos a visitar sea el ala infantil, si no, me pasaría toda la tarde apartando mujeres a golpes. Esperemos que casi todas las madres estén en sus casas. –Sonrió y caminó hacia él, envolviéndole el paquete con las manos y acercándose para besarle en los labios–. Papá Noel, yo quiero esto por Navidad.

–Ay, mujer... te voy a dar esto y mucho más. –Tiró de ella para abrazarla con fuerza y devorarle la boca.

Jamie se echó hacia atrás sonriendo.

–Vámonos antes de que te pida sentarme en tu regazo.

–¡Traviesa!

–¿Y guapa? –Jamie volvió a reír y se apartó de él. Tenían que marcharse... o nunca saldrían de casa...

\*\*\*

Jamie le estrechó la mano al Dr. Elijah Bennet mientras él les daba una cálida bienvenida. Se sorprendió un poco de que fuera el director del hospital quien los recibiera, pero parecía que Alex lo conocía. Era casi tan guapo como Alex. Casi.

–Elijah, ¡qué alegría volver a verte! –Alex le pasó un brazo sobre los hombros a Jamie–. Queríamos traer un poco de felicidad y no se te ocurra comentar nada sobre este disfraz con nadie.

El Dr. Bennet se echó a reír.

–Ni una palabra. Además, tú eres uno de nuestros benefactores. Podrías presentarte por aquí con un disfraz demasiado ajustado de Papá Noel y nadie diría nada. Espera... pero si lo llevas puesto.

Jamie se rió cubriéndose la cara con una mano.

–Seguid, seguid –les advirtió Alex a los dos.

–Vale. Metamos el árbol para que los pequeños puedan venir a decorarlo. –Jamie se puso al mando, quería que todo resultara festivo.

–A por ello. –Alex se giró hacia ella y le pasó las manos por los brazos–. Hay una tienda de electrónica en esta misma calle, un poco más abajo. Coge mi tarjeta y compra unos cuantos juguetes para estos niños. Elijah y yo haremos lo del árbol. Que te los envuelvan en la tienda rápido si puede ser. Mantendremos ocupados a los niños hasta que vuelvas y luego puedes darles los regalos.

El Dr. Bennet se puso entre los dos.

–Alex, no hace falta que te tomes tantas molestias, amigo. Esto es más que suficiente, de verdad.

–No. Quiero hacerlo. –Alex miró a Jamie y sonrió–. ¿Te importa hacer de elfo?

–Por supuesto que no.

Jamie se acercó para besarlo y luego cogió su tarjeta de crédito y volvió a la furgoneta mientras se le nublaba la vista. Alex era más que generoso con ella en muchos sentidos, pero nunca había imaginado que él se volcaría así con los niños del hospital. Eso le demostraba la profundidad de su carácter y que quizás no lo conocía lo suficiente.

Le dio la llave de su casa en la primavera de aquel mismo año, lo cual fue un gran paso para ellos. Jamie casi esperaba que le diera un anillo el día que él le dio la llave, pero habría sido demasiado pronto.

Jamie subió a la furgoneta y dejó escapar un suspiro de apreciación. Tenía que llamar a su familia para ver si seguían pensando en reunirse en casa de sus padres para la cena de Navidad. Mark iría con ellos, lo cual estaba bien. Aunque Jamie y sus padres se llevaban mejor, aún había un buen trecho por recorrer. Mark y Alex juntos la ayudarían a crear un ambiente cómodo con su familia. O al menos le servirían de apoyo.

La tienda de electrónica era una locura de la cantidad de gente que había, pero Jamie hizo sus compras deprisa e incluso ayudó a las pobres empleadas a envolver los regalos. En cuestión de dos horas había terminado. Las ayudó también a cargar todo en la furgoneta y se dirigió de vuelta al hospital.

Al llegar, no pudo evitar detenerse para admirar a Alex. Estaba en el centro de una sala de reunión, allí estaba el árbol completamente decorado. Él estaba sentado en una mecedora vieja, contándoles cuentos de Navidad a los niños que había reunidos alrededor de él en el suelo. Las enfermeras y los padres parecían estar perdidos también en el sonido grave y rítmico de su voz.

Alex levantó la mirada y le guiñó un ojo a Jamie, lo cual hizo que ella sintiera mariposas en el estómago. Esas mariposas nunca estaban tranquilas si Alex estaba cerca.

Sonó su móvil y Jamie salió para contestar.

–¿Sí?

–Hola, cariño, soy papá.

–Hola, papá. ¿Qué tal?

Jamie apoyó la espalda contra la pared y dejó que sus ojos se perdieran por el pasillo. Jeremy estaba en la habitación de al lado, algo bueno porque así podría hablar con él y su mujer un poco más tarde para ver cómo estaba la niña. Jamie no había visto a nadie del trabajo, quizás fuese algo que llevaban en silencio.

–Te llamaba solo para confirmar que venís mañana a cenar. Tú y dos invitados, ¿no?

–Sí, vamos seguro. Nos apetece mucho.

Jamie se abrazó a sí misma con el brazo libre para conservar el calor. El disfraz no ayudaba, pero no se quejaba. Era mono, le quedaba bien y su sexy novio había tenido el detalle de escogerlo para ella.

*O quizás para él. Pervertido.* Jamie sonrió feliz.

–Genial. No hace falta que traigáis nada. Vamos a tener pavo y jamón y yo voy a preparar tu relleno de pan y maíz favorito. Tal como lo hacía la abuela Mae.

Jamie notó un toque de nostalgia en la voz de su padre, deseaba tenerla allí.

–Perfecto. Llegamos mañana después de desayunar, papá. Puedo ayudarte a hacer el relleno, como cuando era pequeña.

–¿De verdad? Me encantaría.

–Pues claro. –Se alzó un sonido de aplausos y risas detrás de ella y Jamie se giró hacia la puerta abierta para ver a Alex que caminaba hacia ella–. Tengo que dejarte, papá. Estamos en el hospital repartiendo regalos en el ala infantil.

–¡Qué bonito! ¿Ha sido idea tuya?

–No, de Alex. –Jamie lo tocó cuando él se detuvo frente a ella. Alex arqueó una ceja como para preguntar con quién hablaba.

–Aún mejor. Me alegro de que hayas encontrado un buen hombre. Espero que te merezca.

–Me merece, papá. Soy yo la que no me merezco del todo a un tipo tan bueno. –Jamie le echó a Alex el pelo hacia atrás y lo miró mientras en el rostro de él se dibujaba un agradecimiento que le suavizaba las facciones.

–Sí, bueno. En fin... os veo mañana, pequeña. Te quiero.

–Yo también te quiero.

Jamie apartó el móvil de la oreja y sonrió. Hubo un tiempo en el que le habría resultado extraño decir aquello por teléfono, pero su padre y ella habían encontrado la forma de volver a estar unidos... Y él estaba trabajando su relación con su madre y su hermana, así que Jamie no tenía queja alguna.

–Parece que los has cautivado.

–Sí... quizás incluso demasiado. Todas las mujeres de la sala me han tirado los tejos diez veces. Ni te imaginas cuánto me alegro de que hayas vuelto. Vamos a sacar los regalos de la furgoneta, los repartimos y nos vamos a casa. Me muero de hambre. ¿Hemos comido? –Se apartó de la puerta y le cogió la mano.

–No y solo desayunamos un muffin. Podríamos preparar algo rico para esta noche.

–O comprar algo en el italiano que te encanta. –Alex bajó la mirada hacia ella.

–Eso suena incluso mejor. –Jamie le apretó la mano–. Y ahora cuéntame quién te ha tirado los tejos. Voy a empezar a repartir palizas entre las madres mientras tú repartes los regalos entre los niños.

Alex se rió.



–Por favor, sólo encárgate de que ninguna intente sentárseme en las piernas. Por favor.

Jamie no pudo evitar poner los ojos en blanco. Alex era demasiado guapo para llevar aquel traje de Papá Noel y sin embargo sus intenciones eran más que buenas.

El Dr. Bennet se acercó a la puerta.

–¿Qué tal?

–Muy bien. –Alex señaló con la cabeza la puerta de salida–. Jamie tiene todos los regalos en la furgoneta. ¿Tienes un par de chicos que nos puedan ayudar a bajarlos?

–Claro. Voy a buscarlos. Os veo afuera.

–Me cae bien. Parece un buen tipo. –Jamie apretó la mano de Alex mientras salían hacia la nieve de la tarde.

–Es un tío genial y un cirujano excelente. También tiene unos empleados maravillosos. Su director de neurología es un genio. He estado en varias ceremonias en las que le dan el premio de cirujano del año. –Alex se encogió de hombros y se movió hacia la parte posterior de la furgoneta.

–Bueno, supongo que está muy bien conocer a gente cuando la necesitas. –Jamie lo abrazó desde la espalda y apretó la mejilla contra sus hombros, disfrutando de su calor.

El Dr. Bennet salió pocos segundos después con tres chicos en ropa de trabajo. Se presentaron y Alex se giró hacia Jamie.

–Él es Simon, del que te hablaba hace un momento –dijo sonriendo.

Jamie miró a Simon, estaba un poco sorprendida por lo guapo y joven que era el cirujano.

–Encantada. Alex dice que eres increíble como cirujano.

–No se me da mal, pero mi mujer me pisa los talones. No hay nada como pasárselo bien trabajando –bromeó y cogió una de las bolsas grandes.

–Espera, ¿tu mujer también trabaja aquí? –Jamie cogió la bolsa más pequeña y caminó entre Simon y Alex.

–Claro. Le da sabor a la vida –Simon guiñó un ojo.

El Dr. Bennet se giró y los miró por encima del hombro.

–A veces demasiado sabor.

Simon se echó a reír.

–Tu mujer también trabaja aquí, Dr. Bennet. Y tu suegro –soltó una carcajada–. ¿No lleva su nombre el hospital?

Las risas alrededor de Jamie hicieron que en sus labios se dibujara una sonrisa. Parecía como si las fiestas fuesen una invitación para que todo el mundo estuviera de buen humor.

Llevaron los regalos a la sala de reuniones. Alex y Jamie los separaron por grupos de edades.

Jamie se puso de pie e hizo un breve anuncio, intentando captar la atención de todo el mundo.

–Si os ponéis en filas más o menos por edades os daremos regalos adecuados para cada uno. ¡Gracias! –usó su voz más alegre.

Jamie se giró y vio a una preciosa rubia que fácilmente podría encontrarse entre las páginas de alguna revista masculina, estaba hablando con Alex. Su dedo estaba apoyado sobre el pecho de él y se reía de algo mientras él hablaba.

–Papá Noel, es hora de que me traigas a tres niños –Jamie lo miró arqueándole una ceja.

–De acuerdo. Perdone, señora. –Alex se alejó de la mujer y meneó la cabeza–. Te dije que las cosas estaban mal.

–Le voy a lanzar mi locura navideña encima a alguien si no te dejan en paz –gruñó Jamie. Iba a girarse, pero Alex tiró de ella para pegarla a él.

–Chicos, ¿sabíais que la Señora Noel a veces se viste de elfa tan solo por divertirse? –Alex miró a su alrededor y los niños sonrieron–. Esta es la Señora Noel, decidle hola, chicos.

Todo el mundo gritó “¡Hola!” y Alex se giró hacia Jamie, tocándole un lado de la cara y sonriendo.

–Soy solo tuyo, cariño. Ahora todo el mundo lo sabe. –Se acercó para besarla con suavidad mientras toda la sala decía ooohs y ahhs.

El calor subió por el pecho de Jamie y le cubrió las mejillas mientras caminaba detrás de su jefe, su amante, su mejor amigo. La rubia de su derecha sonrió a manera de disculpa y movió la boca para decir un *'lo siento'*.

Jamie asintió y se colocó junto a Alex cuando los niños empezaban a acercarse para sentarse en sus piernas. La mayoría necesitaban ayuda; a algunos había que levantarlos de la silla de ruedas para pasárselos. Cuando el evento terminó Jamie estaba emocionalmente agotada y se sentía más que afortunada por la vida que tenía.

–¿Podemos hacer esto todos los días? –preguntó mientras Alex tiraba de ella para acercarla junto a la furgoneta.

–Sí, podemos hacer lo que quieras, Jamie. –Se agachó para rozar su nariz contra la de ella.

–Estoy orgullosa de ti. Has hecho algo muy importante hoy. –Rozó los labios de Alex con los suyos.

–Haces que desee ser un buen hombre –volvió a besarla–. Bueno, más o menos. Solo en lo que respecta a los niños. En lo que se refiere a la cosa esa traviesa que hay debajo del disfraz de elfa... por supuesto que no.

–Hablando de ello... Vámonos a casa para que puedas abrir tu regalo.

Alex gruñó y Jamie se echó a reír, la promesa de una larga noche de pasión estaba en sus mentes.

## Capítulo 4

Jamie cogió la comida italiana para llevar del asiento de atrás y la llevó a casa. Su estómago se hizo oír en el camino a casa, aunque el de Alex tampoco estuvo callado. Los dos soltaron una carcajada ante la conversación de sus tripas. Jamie lo siguió hasta la puerta, permitiendo que sus ojos bajaran por la espalda de Alex para disfrutar a fondo lo bien que el pantalón de Papá Noel se le ajustaba a su perfecto trasero. Era un Papá Noel sexy.

–Voy a coger una botella de vino tinto. Pon la comida en platos y nos vemos en la mesita de centro del salón. ¿Te parece bien? –La miró por encima del hombro mientras abría la puerta y quitaba la alarma.

–La pasta tiene salsa de tomate, no quiero manchar accidentalmente la alfombra del salón. ¿Te importa que mejor comamos en la mesa de la cocina?

–Caminó delante mientras él encendía las luces. Jamie le rozó a posta el trasero con la cadera y se echó a reír cuando Alex tropezó.

Alex se paró a mirarla levantando los labios. Por un momento Jamie pensó que era porque lo había empujado.

–Es que quiero estar a gusto frente al fuego mientras cenamos. –Alex le guiñó un ojo con malicia–. Si ensuciamos la alfombra la cambio, no te preocupes. –Le dio un cachete juguetón en el culo y la siguió a la cocina–. Voy a cambiarme. ¿Quieres... –Alex hizo una pausa para intentar echar un vistazo a lo que Jamie llevaba puesto debajo del disfraz.

Ella le dio en las manos para apartárselas.

–¡No! Me gusta este disfraz. –Bajó el tono de voz–. Prometiste que me iba a desvestir... después. –Deslizándose entre los brazos de Alex, levantó la mirada para estudiarlo con atención. Los adorables ojos fueron lo primero que atrapó la atención de Jamie.

Alex siempre había sido muy atento y se había interesado por ella, aunque mientras fue solo su jefe lo mantenía oculto, pero ahora todo había cambiado de forma significativa. Alex parecía un hombre enamorado.

A Jamie le costaba asumir que era por ella, solo por por ella.

–Vale –Alex sonrió con malicia–. Nos quedamos así solo durante la cena. Luego me voy a tomar mi tiempo para hacerte el amor como te mereces. –Se

acercó para posar los labios sobre los de Jamie, con suavidad al principio y luego con más pasión, mientras el beso los calentaba a los dos.

Jamie se echó hacia atrás cuando su estómago volvió a emitir un gruñido doloroso.

–Comida, luego hacemos el amor.

–De acuerdo, pero no comas mucho. Quiero se lo único que te llene esta noche. –Arqueó una ceja.

–No. Eso ha sido horrible –dijo ella entre risas.

Jamie le dio la espalda para servir la comida en platos. Antes se preocupaba siempre por su peso, ¿y ahora podía reírse de sí misma? Pues sí que había cambiado desde la Navidad anterior.

–¿De verdad? Pensaba que había sido bastante creativo –bromeó Alex y se puso a su lado, atareado abriendo la botella de vino tinto.

–Pues te equivocas.

Alex se rió.

–Siempre hay una primera vez para todo, supongo.

Ella puso los ojos en blanco.

–Te vistes de Papá Noel y se te sube a la cabeza.

–No, lo que se me ha subido a la cabeza es que la mujer más guapa del mundo quiera pasar la noche conmigo. –La cogió de forma juguetona, pero Jamie se apartó de él y cogió los platos, marchándose deprisa al salón.

–No solo quiero pasar la noche contigo, sino siempre. –Se giró antes de ver la reacción de Alex.

No habían hablado nunca de matrimonio y Jamie se moría por hacerlo, pero en parte sentía que era demasiado pronto. Ni siquiera había pasado un año desde que se conocieron y menos aún desde que empezaron a salir, pero deseaba estar con él toda la vida. Hubo un momento en el que pensó que se lo iba a pedir, pero lo que le dio fue una cajita con la llave de su mansión. Jamie tendría que esperar hasta que él sacara el tema. Sonrió para sí misma, no podía hacer nada al respecto de momento.

Movió un poco la mesa de centro y colocó los platos, luego se quitó los botines de elfa y se sentó en el suelo. Cruzó las piernas y se giró justo cuando Alex venía de la cocina. El bulto de su erección era mucho mayor que antes, su polla se había puesto más dura y ocupaba el espacio interior del muslo. Al verlo así, Jamie se sintió un poco sobrecogida. Era un tío grande, pero aquel traje de Papá Noel lo hacía parecer aún más.

–Hey... los ojos acá arriba, mujer. –Dejó el vino en la mesa y se pasó los dedos por la erección para luego subirlos hasta sus ojos bromeando.

Jamie se rió y cogió su copa.

–Solo admiraba tus encantos.

–Bien. Pronto te ofreceré una visita de cerca. –Se sentó junto a ella y tiró para darle un beso rápido–. Te quiero. Gracias por ayudarme hoy, has estado genial. Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

El pecho de Jamie se encogió, llenándose de una emoción que se desplazaba por todo su interior.

–Yo también te quiero.

Pasaron unos minutos comiendo y riéndose de distintas cosas de las que habían pasado a lo largo del día; disfrutando su tiempo juntos. Al acabar, Alex se limpió la boca con una servilleta y se echó hacia atrás para apoyarse en el sofá.

–¿Mi hermano llega mañana? –Cogió la mano de Jamie y se la llevó a los labios para besarle los dedos con suavidad mientras la miraba.

Un escalofrío la recorrió. Jamie se acercó, dejando intacta el resto de la cena.

–Sí. Debería estar aquí sobre las diez, creo. He pensado que podríamos tener listo el desayuno y luego podemos ir a ver a mis padres. Mark y tú venís conmigo, ¿no? –Tenía esa esperanza; de hecho había planeado tenerlos a su lado, aunque aún no lo había preguntado.

–¿Quieres que vayamos? –Alex se acercó aún más y la envolvió entre sus brazos.

–Sí. –Jamie le acarició la cara–. Creo que así todo sería mucho más sencillo.

–Entonces iremos. –Alex la besó suavemente–. Hace frío, ¿no?

–Sí, un poquito. Enciende la chimenea mientras yo llevo esto a la cocina.

–Perfecto.

Alex volvió a besarla antes de gatear hasta la chimenea. Se sentó apoyándose en los talones; parecía un niño pequeño intentando imitar a un mayor. Jamie no entendía cómo un hombre podía ser tan tierno y sexy al mismo tiempo.

Meneó la cabeza, recogió los platos y caminó a la cocina, sintiéndose otra vez más que agradecida. La Navidad anterior había sido un desastre de escala épica. No solo la dejó Steven por Christine, sino que se le estropeó el coche

por última vez y tuvo que mudarse al sótano de la casa de sus padres. Estaba sin dinero, tristísima y muy sola.

–Guau, las cosas pueden cambiar radicalmente en un abrir y cerrar de ojos. –Dejó los platos en el fregadero y se quitó el sombrerito de elfa mientras caminaba para reunirse con Alex.

–¿Decías algo, cariño? –preguntó él, mirando sobre el hombro y apartándose para dejarle sitio frente a la chimenea.

–Solo pensaba en voz alta sobre lo mucho que me ha cambiado la vida. La Navidad pasada fue horrible, pero esta es ya la mejor de mi vida. –Jamie cogió la mano que Alex le estaba ofreciendo y se sentó a su lado.

Él se acercó para darle un beso en la mejilla y luego encendió el fuego.

–Lo mismo me pasa a mí. sinceramente pensé que acabaría casándome con alguna tipa rica que quisiera mi dinero y muy poco de mi tiempo. Pensaba que así eran las cosas para los chicos como yo, pero ya que vengo de un origen humilde, sabía que eso no era más que una mentira que yo me contaba continuamente.

–Quizás yo sea esa tipa que solo te quiere por tu dinero y que en breve ya no quiera pasar tiempo contigo más que para el sexo. Te usaré como un objeto.

Alex soltó una carcajada.

–No es tan gracioso –dijo Jamie riendo también.

–Jamie, ¿ni queriendo puedes ser ese tipo de persona! –Se acercó para besuquearle el cuello y luego se apartó–. Eres un ángel.

–¿Un ángel disfrazado de elfa? –Jamie meneó la cabeza–. Tú también eres increíble, ¿lo sabías? –Jamie se echó hacia atrás, colocándose las manos detrás de la espalda y estirando las piernas–. Creo que tener a alguien en quien no solo confías sino que además lo quieres de verdad es el mejor regalo del mundo.

Alex se sacudió las manos y volvió a ponerse a cuatro patas. Gateó para colocarse sobre Jamie y alineó su cuerpo con el de ella para besarla unas cuantas veces.

–No puedo estar más de acuerdo. Te estás convirtiendo rápidamente en todo para mí. –Se apartó de ella para tumbarse a su lado–. Túmbate aquí conmigo, quiero sentirte.

Jamie obedeció de inmediato, quería tumbarse sobre el cuerpo de su atractivo Papá Noel. Sonrió ante aquella idea y se tumbó de lado, mirándolo de frente.

Alex movió la mano libre para apartarle el pelo y colocárselo detrás de la oreja.

–¿Por qué sonríes, chica hermosa?

–Porque Papá Noel me está poniendo cachonda –volvió a sonreír.

La sonrisa de Alex fue sexy y un poco traviesa.

–Entonces piensas que está bueno.

Unos dedos suaves acariciaron el muslo de Jamie, levantándole el vestido. Alex se incorporó un poco, observando la línea del cuerpo de Jamie y dejando escapar un gemido.

–Joder, qué buena estás.

Tiró de ella para acercarla, haciendo que la pierna de Jamie quedara por encima de las piernas de él. Su gruesa erección se frotó contra el muslo de ella, que no quería seguir jugando. Era un momento romántico, pero después de verlo todo el día con aquel traje rojo que dejaba poco margen a la imaginación, lo deseaba de manera violenta.

Lo empujó del pecho para tumbarlo boca arriba y se puso encima de él a horcajadas. Las manos de Alex le masajearon los muslos y jugaban con la liga mientras ella le desabrochaba la chaqueta de Papá Noel. Abrió el suave fieltro y deslizó las manos para tocar su piel, arañándolo un poco con las uñas para luego tumbarse encima y sustituir a sus manos con la boca.

Alex se sacudió y gimió mientras los dientes de Jamie le mordisqueaban el pezón.

–Joder, Jamie.

–Exacto, eso es lo que quiero –ronroneó suavemente mientras subía hasta su cuello, lamiéndolo y besándolo mientras él jugaba con el borde de sus braguitas sobre el trasero.

–Entonces quítame estos malditos pantalones y coge lo que es tuyo. –Alex giró la cara hacia la de ella y deslizó su mano libre en el pelo de Jamie, tirando de ella para darle un beso largo y apasionado.

Ella se balanceó sobre él, frotándose sobre su polla dura. El recuerdo de él enterrado hasta el fondo durante la escapada de media mañana se le pasó por la mente y su cuerpo reaccionó.

–Pero te ves tan bien con ellos puestos –bromeó Jamie juguetona mientras movía el cuerpo hacia abajo y tiraba del pantalón y de los bóxer negros para quitárselos.

Se puso de pie mientras él se quitaba la chaqueta y aprovechó para quitarse el vestido de elfa. La pequeña combinación de encaje rojo



transparente que llevaba debajo prácticamente no cubría nada.

Alex emitió un largo gemido.

–Gírate despacio y deja que te vea.

Jamie esperaba ponerse nerviosa, pero no ocurrió. Era porque sabía que el hombre que estaba tumbado a sus pies la quería de verdad, que no solo iba buscando el placer que ella podía ofrecerle. Girándose despacio, deslizó las manos sobre su cadera, bajando por los muslos y subiendo para excitarlo sin piedad.

–Basta –gruñó él y se sentó, entrelazando las manos por detrás de los muslos de Jamie. Pegó la cara al sexo de ella y respiró hondo. El sonido de apreciación hambrienta que escapó de él casi la parte en dos–. Móntame.

Alex se tumbó y se sujetó la polla, acariciándosela suavemente mientras la miraba.

–Lo único que quiero por Navidad eres tú.

–Conozco perfectamente esa sensación.

Jamie deslizó las bragas por sus muslos para quitárselas y se movió hacia Alex pero él la detuvo.

–No. Te quiero totalmente desnuda. Me gusta cómo te ves con lo que te pones, pero quiero sentir tu piel sobre la mía. Ven aquí, yo te lo quito. –Tiró de ella para que volviera a sentarse a horcajadas sobre él.

Jamie bajó encima de Alex, presionando la calidez de su cuerpo sobre su erección. Él le quitó la combinación mientras ella se deslizaba sobre su miembro, moviéndose en dirección al orgasmo gracias a la delicia del contacto entre los dos.

Alex tiró la combinación detrás de ellos, dejándole tan solo las ligas y las medias, luego sus manos subieron a los pechos de Jamie.

–Muy bien, señorita Connors. Trabaje usted contra mi polla. Dime cuando te vayas a correr y te la meto y te follo hasta que explotes.

Sus palabras acabaron con ella.

Jamie asintió, incapaz de hablar mientras el fuego se desataba en el centro de su estómago.

–Ahora –jadeó, incapaz de encontrar la profundidad de su voz.

Alex sujetó con fuerza sus caderas y la movió mientras se adentraba en ella. El sonido que partió de Jamie fue gutural, desesperado.

–¡Toma, joder! –Alex le sujetó la cadera con más fuerza mientras Jamie empezaba a tomar de él exactamente lo que necesitaba para llegar al éxtasis más profundo.

Aminoró la velocidad cuando el orgasmo se disipaba, expulsando el aire pero sin dejar de mover la cadera rítmicamente.

–¡Joder, te quiero! –Jamie sonrió sin poderlo evitar.

–Yo también. Eres tan guapa. Me encanta cómo tomas lo que necesitas. Lo que quieras de mí, Jamie... es tuyo.

Alex deslizó las manos para sujetarla de la cintura y hacer que ambos rodaran con cuidado hasta que ella quedó debajo de él, que estaba entre sus piernas.

Jamie lo envolvió con las piernas y entrelazó los brazos alrededor de su cuello.

Alex empujó para llegar más hondo esta vez. Colocando los labios sobre los de ella, emuló el sexo que tenían bombeando dentro de la boca de Jamie.

Jamie se abandonó a la deliciosa calidez de las habilidades de Alex, succionó con fuerza su lengua mientras él le hacía el amor a su cuerpo. Los dos daban y tomaban del otro y siguieron así toda la noche, hasta llegar a la cúspide del orgasmo tres o cuatro veces.

Al acabar el fuego de la chimenea se había apagado y Alex se levantó para traer mantas y almohadas.

Jamie colocó la espalda contra el pecho de Alex y él la envolvió con sus fuertes brazos. Completamente saciada y perdida en la incredulidad de que alguien tan maravilloso como él quisiera siquiera tomarla en cuenta, se dejó vencer por el sueño.

–Feliz Navidad, amor –murmuró él sobre su piel.

–Feliz Navidad –susurró ella y colocó un brazo sobre el de Alex que la abrazaba.

–¿Decías en serio lo de antes?

Jamie levantó la cabeza y se cubrió la boca para emitir un largo bostezo.

–¿En serio de qué?

–Que querías estar conmigo para siempre –Alex frotó la nariz contra el cuello de Jamie y la abrazó con más fuerza.

–Completamente. Tú eres lo único que deseo.

Cerró los ojos, deseando haber podido escuchar la respuesta de él, pero el día había sido demasiado largo y estaba demasiado cansada para mantener los ojos abiertos.

# Capítulo 5

## Navidad

Jamie se despertó la mañana siguiente y encontró a Alex preparado. Una sonrisa tocó sus labios, se metió debajo de las mantas, arropándose más, dejando que los recuerdos de lo que habían hecho la noche anterior se desplegaran en sus párpados cerrados. Él era un amante tan generoso y en los pocos momentos en los que se entregaba a la carnalidad y tomaba las cosas para él Jamie se sentía encantada. El cuerpo de Alex estaba hecho para el sexo, pero su corazón estaba hecho para el amor. Él era el pack completo, ese a quien ella deseaba pasar el resto de la vida conociéndolo.

Casi resultaba demasiado esperar que él sintiera lo mismo por ella, pero parecía que así era. El hecho de que ambos hubiesen cambiado tanto en los últimos diez meses debía de significar algo. Él estaba alegre. Jamie se rió con ligereza mientras pensaba otra vez en su disfraz de Papá Noel. Pero él estaba feliz, estaba trabajando en su relación con Mark, en parte gracias a ella, aunque no era él el único que estaba cambiando. Jamie quería empezar de cero con su propia familia.

Jamie esperó unos minutos pero luego se dio cuenta de que Alex no iba a volver pronto. Dejó la calidez de las mantas y caminó hasta el enorme armario vestidor. Se estiró y bostezó en voz alta. Alex debió de llevarla a la cama en algún momento de la noche, aunque no lo recordaba.

Sacó una de las camisas blancas de Alex y se la puso sobre los hombros, abrochando los botones. Luego pasó por el baño para mirarse y no pudo evitar sonreír. Un año atrás jamás se habría mostrado ante un tío con el pelo hecho un desastre y los labios hinchados como los tenía. Se habría duchado, se habría maquillado, habría intentado ocultar todas las señales de cómo habían hecho el amor.

Alex la hacía sentir guapa, adorada, amada. Lo cambiaba todo.

Caminó hacia el salón e hizo una pausa para mirar a su alrededor.

—¿Alex?

Él no respondió y Jamie caminó por la casa buscándolo por todas partes, pero la encontró vacía. Se puso unos vaqueros y unas botas que Alex había dejado en el porche trasero y caminó hasta su viejo apartamento para coger el regalo que quería darle a su nuevo amor por Navidad. Él no quería nada que se pudiera comprar con dinero, de eso estaba segura. No era solo que Alex lo tuviese todo, es que además se lo había dicho demasiadas veces en los pasados meses, que no debía gastar dinero. Nada.

Jamie se sentó en la mesa de la cocina con un rollo de papel navideño y un bolígrafo, dándose golpecitos en los labios con el instrumento para escribir.

Tenía un don para las palabras, así que intentaba decidir entre escribirle un poema, una canción o quizás una carta. Él volvería pronto e iban a recibir a Mark en un par de horas. Cómo había logrado levantarse tan temprano después de pasar la noche disfrutando del mejor sexo de su vida, no tenía ni idea.

“Una carta puede funcionar mejor”. Jamie levantó los labios y empezó a escribir, rellanando rápidamente tres páginas sobre lo mucho que Alex significaba para ella. Le había devuelto la confianza en sí misma, la había hecho creer que había algo mejor y más grande que conformarse, le había devuelto su corazón. Él debía saber, ahora más que nunca, que estaba totalmente perdida por él.

Se levantó y caminó hasta su joyero en la parte posterior del estudio, de donde sacó una pequeña piedra blanca con la palabra “cree” grabada. Su padre se la dio cuando tenía seis años. Era uno de las cosas más preciadas que aún conservaba de su infancia. Parecía un poco tonto, pero Jamie no podía sacarse la idea de que aquello ahora debía pertenecer a Alex.

La envolvió en un trozo de papel y la puso junto con la carta en una pequeña bolsa de Navidad. Tras revisar el apartamento para asegurarse de que todo estaba preparado para la visita de Mark, volvió a la casa y se quitó las botas.

Se quitó los vaqueros y dejó el regalo en la mesita de centro, luego fue a la cocina a empezar a trabajar en un gran desayuno. A Alex le encantaba comer y lo único que ella había aprendido era que el desayuno era su comida favorita.

La puerta posterior se abrió y el castañeteo de los dientes de Alex llamó su atención.

—¿Jamie? ¿Te has levantado? —llamó.

—Sí, estoy empezando a preparar el desayuno.

Jamie rompió tres huevos sobre la sartén y pensó que Alex vendría a la cocina con ella. Al no hacerlo, Jamie se asomó al salón. Alex estaba sentado

en el sofá, tenía su carta en la mano y la cabeza agachada como si estuviera leyendo.

–Oh, eso es de mi parte.

Jamie caminó hacia él, regañándose. Como si él fuese tan tonto que no se fuera a dar cuenta de que el regalo era de parte de ella. Ella era la única en la casa.

Alex se levantó y envolvió la piedra en su mano. Jamie no se dio cuenta de las lágrimas que había en sus ojos hasta que Alex levantó la cara.

–Me encanta.

–Oh, vaya, Alex. No pretendía hacerte sentir mal. solo quería que supieras que me has devuelto la vida. O que me has dado una vida de verdad. –Jamie se acercó a él y le desabrochó la chaqueta para luego quitarle de los hombros la prenda llena de nieve.

–Tú has hecho lo mismo por mí. –Alex se guardó la piedra en el bolsillo y envolvió a Jamie en un cálido abrazo—. La llevaré a todas partes conmigo. Siempre he querido que me recuerden que debo creer en lo imposible. Eso es lo que ocurrió entre nosotros. Pensaba que acabaría conformándome y veo que tú habías pensado lo mismo. Pero no tenemos que hacerlo.

–No. No tenemos que hacerlo. Espero que ese regalo sea suficiente, no es mucho. –Jamie entrecerró los ojos mientras pensaba en el valor del regalo.

Alex la estrechó con fuerza y posó sus fríos labios en ella, demostrándole que no importaba cuánto se hubiese gastado. Le dio un beso largo y profundo, explorando su boca como si lo hiciera por primera vez.

Ella metió las manos por debajo del jersey de Alex y le frotó los músculos de la espalda, disfrutando el tacto de su piel contra sus manos.

–Joder –Jamie se echó hacia atrás cuando el olor a huevo quemado llamó su atención.

Corrió a la cocina y quitó del fuego una masa negra, corriendo después hacia la puerta de atrás.

–Jamie –Alex la llamó, siguiéndola, pero ella no se detuvo hasta estar en el patio.

Un cachorrillo de esponjoso pelo marrón se giró desde donde estaba, atado en el porche. La miró levantando la cabeza e inclinándola un poco hacia un lado.

Jamie dejó la sartén en el suelo, al borde del patio, lejos del pequeñajo y emitió un suave sonido de adoración.

–¡Es una monada! ¡Alex! ¡Ven a ver esto! –Se puso de rodillas para recoger a aquella bola de pelo y colocársela en el pecho–. Me encanta. ¿De quién será?

Alex la abrazó por la espalda y le dio un beso en la mejilla.

–Es tuyo. Feliz Navidad.

–¿Qué? –Jamie se giró en sus brazos mientras las lágrimas le nublaban la mirada–. ¿Me tomas el pelo? Hace años que quiero tener un perro.

–¿De verdad? Yo también. Pero no me veía en condiciones de ofrecerle un hogar y cuidarlo. Luego pensé que entre los dos sí podíamos. Así que me he pasado dos meses buscando al adecuado. Este llegó a una protectora, me llamaron esta mañana. Yo estaba en lista de espera.

–¿Así que solo lo vamos a tener en acogida? –La sonrisa de Jamie decayó mientras el cachorrito le lamía la barbilla y el cuello–. No puedo hacer eso, Alex. Me voy a enamorar de él. –Bajó la mirada mientras unas lágrimas rodaban sobre sus mejillas–. Ya me he enamorado.

–Mi amor. –La abrazó con más fuerza y le dio un beso en el pelo, aspirando profundo–. No lo he traído solo para Navidad. Se queda para siempre. Es tuyo para el resto de tu vida... si lo quieres.

Algo en aquellas palabras le llegó al fondo del pecho.

–Lo quiero para siempre.

–Bien. Algo me dice que una vez que lo has cogido en brazos y lo has achuchado ya no tienes remedio. De todas formas no se va a ir a ninguna parte. –Alex sonrió y le tocó la barbilla, acercándose para posar sus labios sobre los de ella–. Esta es la mejor Navidad.

–Estoy de acuerdo. Y ahora quédate con Jake, yo voy a volver a hacer unos huevos. –Le pasó a la bolita.

Alex se agachó para soltar la correa del cachorro.

–¿Jake? ¿Ya le has puesto nombre?

–Soy muy eficiente.

Jamie se recogió el pelo y dejó a Alex con el perro. La sonrisa en su cara no era nada comparado con lo contenta que estaba. Que tuvieran un perro juntos era otro paso en su relación, iba a ayudarles a ver si serían buenos padres llegado el caso.

\*\*\*

Jamie terminó de poner la lavavajillas después del desayuno y fue al salón, quería sentarse en el sofá con Alex. Jake estaba tumbado en el suelo a su lado haciendo ruiditos mientras movía las patitas adelante y atrás.

–¿Qué crees que persigue? –preguntó Jamie, sentándose junto al guapísimo hombre que le había robado el corazón tantas veces que ya no las podía contar.

–Tal vez a una chica guapa. Menos mal que yo tengo a la más guapa del mundo. –Se giró y la envolvió entre sus brazos para luego darle un beso apasionado en el cuello–. ¿Qué hora es? Quiero ver lo que hay debajo de esta camiseta.

–Ya lo has visto. Lo viste durante toda la noche anoche. –Lo empujó de forma juguetona y luego se sentó en sus piernas–. Mark no tarda en llegar. –Se sentó sobre él, adorando lo bien que encajaban sus cuerpos.

La camiseta de manga larga y los vaqueros hacían que se viera cómodo y, sin embargo, seguía siendo como un modelo de GQ. El hombre que estaba más que bien. Nada podía quitarle eso.

–Pues quiero volver a verlo. –Deslizó las manos por los muslos de Jamie y luego subió por su cadera desnuda hasta sus pechos. Los apretó con suavidad mientras sus ojos se clavaban en los de ella–. ¡Ay, mujer! ¡Cómo me pones! Me pongo duro hasta viéndote preparar huevos revueltos. ¿Qué has hecho, Jamie? Me has convertido en un Director General salido.

–No sé qué he hecho pero me encanta. –Jamie giró la cadera para frotarse contra él.

Alex se llevó una mano a la boca y se chupó el pulgar, pasándoselo con una sonrisa de medio lado sobre los labios. Le quitó a Jamie la camiseta blanca que llevaba y le envolvió el sexo con la mano, metiéndole el pulgar.

–Cabalga sobre mi mano y córrete para mí. Quiero ver la expresión de tu preciosa cara mientras llegas a la cúspide. Haz que este sea mi mejor recuerdo de Navidad. –Le dio un largo beso mientras ella gemía y se balanceaba sobre su mano.

No tardó mucho en acercarse al orgasmo. Alex la empujó con suavidad del hombro, obligándola a sentarse erguida mientras él seguía su trabajo.

Jamie clavó la mirada en los ojos llenos de deseo de Alex, que pasaba la mirada de su sexo a su cara, anticipándose a lo que estaba por llegar, al orgasmo de ella.

–Siento lo cerca que estás. Rebota sobre mi mano, cógelo.

Alex le pellizcó un pezón mientras movía la mano contra ella a un ritmo deliciosamente rápido.

Jamie gimió cuando el orgasmo empezó y echó la cabeza hacia atrás. La mano de Alex le envolvió la barbilla y la obligó a sentarse recta otra vez.

–Quiero verte, Jamie.

–Joder, pues mírame –soltó, mientras se tiraba a las profundidades del placer con él. Alex era increíble, ella se extasiaba con cada giro sutil de su mano.

–Eso es, niña. Jodidamente sexy. Increíblemente caliente. –Siguió su asalto hasta que ella se apartó soltando un largo jadeo.

–¡Joder! Eres increíble. –Alex tiró de ella para darle un beso largo mientras le acariciaba el trasero desudo.

Jamie saltó al abrirse la puerta principal y escuchar con eco la profunda voz de Mark en el pasillo.

–¡Ho! ¡Ho! ¡Ho! Poned vuestros zapatos, es navidad.

–¡Joder! –Jamie se levantó torpemente, tropezando contra la mesita de centro y corriendo al dormitorio antes de que Mark llegara al salón. Cerró la puerta sin hacer ruido y se giró, apoyando la espalda contra ella e intentando recuperar la respiración.

Estaban tan inmersos el uno en el otro que no se dio cuenta de la hora. Obligó a su corazón a desacelerarse un poco, se cambió de ropa, se recogió el pelo en una coleta y salió al salón.

Alex estaba de rodillas frente al perro, pero miró hacia atrás, con una sonrisa traviesa en su preciosa cara.

–Ha estado cerca, casi me ha excitado.

–No ha sido excitante. ¿Dónde está tu hermano? – Jamie se metió las manos en los bolsillos del vaquero y miró a su alrededor.

–Fue a dejar sus cosas al apartamento. –Alex se puso de pie–. Le di la mano con mis dedos sexis y me pareció un poco preocupado, me dijo que aquí olía a sexo.

–No, ¡no te dijo eso! –a Jamie casi se le para el corazón y la cara se le puso colorada.

–Estoy de broma, Jamie. –Se acercó a ella y la besó–. Te estoy tomando el pelo. No dijo nada y te alegrará saber que me he comportado.

–Más te vale.

–¿Y si no? –Arqueó una ceja y la apretó con más fuerzas–. ¿Me vas a pegar?

–Nop. Eso te gustaría demasiado. –Jamie le mordisqueó los labios y se giró cuando la puerta trasera se abría y Mark entraba.



–¿Cómo está mi cuñada favorita? –Sonrió y caminó hacia ellos.

Jamie tiró de Alex y le dio un gran abrazo a su hermano.

–Me alegro de verte.

¿Necesitas que le ponga las pilas a mi hermano mayor? –Le dio a Jamie un gran abrazo de oso y la levantó del suelo–. Quiero decir, si no va a dar el paso... Lo doy yo.

–Cuidado –gruñó Alex en broma y arrancó a Jamie de los brazos de Mark–. Tus huevos están en el patio trasero. Jamie los preparó especialmente para ti.

Jamie le lanzó una mirada aguda a Alex.

–No es verdad. Ven, te voy a preparar lo que te apetezca.

Alex volvió a gruñir y Jamie no pudo evitar que ese gesto posesivo le recordara que ella no era la única que estaba enamorada.

Él también lo estaba.

## Capítulo 6

Tras envolver todos los regalos para la familia de Jamie y casi volver loco a Alex, lo subieron todo al Lexus y se dirigieron a la casa familiar. Mark se sentó delante con Alex, pero solo después de asegurarse preguntándole diez veces a Jamie si no le importaba.

Ella se rió de él y se sentó en el asiento de atrás, disfrutando la sensación de familia que tenía cuando estaba con él. El tonto gorro de árbol de navidad que Mark llevaba tenía pequeñas esferitas. A Alex le parecía ridículo, pero a Jamie le encantaba.

–No te pongas tan celoso –Mark le dio un golpecito a Alex en el pecho en cuanto se pusieron en marcha–. Te regalo el maldito gorro de árbol, ¿vale?

Alex se rió sardónicamente.

–¡No quiero el maldito gorro! Te hace ver como el bobo que eres más de lo que imaginas. –Miró el gorro por el rabillo del ojo–. Además, no combina con mi corbata.

–Ni con tu traje –añadió Mark entre risas–. Estás celoso, ya está. ¿Verdad, Jamie? –Se giró y movió las cejas.

Jamie levantó las manos.

–A mí no me metáis en esto. Alex se disfrazó de Papá Noel ayer y les dio regalos a los niños enfermos del Hospital Scott Thompson. Te lleva la delantera.

–¿También donaste regalos?

Alex asintió.

–¿Fue idea de Jamie? –Mark inclinó ligeramente la cabeza, recordándole a Jamie que sí, definitivamente eran hermanos.

–Por supuesto.

Jamie le dio una colleja juguetona a Alex.

–Para nada, fue idea suya. –Empujó a Mark–. Dile a Alex que te cuente lo que pasó con nuestro árbol de Navidad. –Se puso los dedos en los labios mientras Alex la miraba por el espejo retrovisor.

–¿En serio? ¿Vas a ir por ahí? –Alex sonrió, pero la mirada era de advertencia.

–A ver, ¿qué pasó? –Mark centró su atención en Alex–. Venga, suéltalo.

–Jamie quería un árbol realmente grande, así que se lo compré, pero le dije un millón de veces que esa maldita cosa no iba a entrar en casa. Ya sabes cómo son las mujeres... se creen que lo saben todo –bromeó Alex, incapaz de inventarse nada más.

–¡Qué mentira! –gritó Jamie desde el asiento trasero, echándose hacia adelante y haciéndole cosquillas a Alex–. Son todo mentiras.

Mark se rió.

–Así que Alex quería un árbol enorme que no cabía en casa, ¿no?

–Exacto. –Jamie miró a Mark.

–Cuando era niño hizo lo mismo. Tenía el mismo problema de percepción y medidas. –Mark se encogió de hombros mientras Alex le lanzaba una mirada amenazadora–. ¿Qué? Joder, es verdad.

–Lo que tú digas –Alex se encogió de hombros–. Cuéntale a Mark lo que hicimos con el árbol, mi chica preciosa. Recupera un poco mi dignidad.

–Lo llevamos al hospital para los niños. Allí fue cuando Alex hizo de Papá Noel –dijo Jamie radiante, incapaz de no sonreír.

Mark se quitó el gorro y se lo pasó a Alex.

–Por ser tan buen chico, supongo que voy a renunciar a mi gorro para que tengas un arbolito en tu casa. Jope, vuestra primera Navidad y ni siquiera tienes un árbol para tu chica.

Alex le dio un puñetazo a su hermano en el pecho y bajó la ventanilla, lanzando fuera el gorro mientras Jamie y Mark le gritaban en broma.

–¡Pagué diez dólares por eso en el aeropuerto! Jope. –Mark se hundió en el asiento como si estuviera indignado.

–Ya te comprarás otro –Jamie movió los ojos sobre el triste espectáculo de luces navideñas que su padre había puesto en la casa. No se le daba muy bien la decoración pero, por lo que se veía, lo había intentado.

–Tengo que arreglarle las luces a tu padre, Jamie. –Alex se giró y la miró arqueando una ceja–. Alguien se va a tropezar con los cables o se caerán si se levanta viento.

–Yo te ayudo, parece divertido. –Mark bajó del coche y caminó a la entrada.

Jamie fue delante de ellos y llamó a la puerta.

–Entrad primero a saludar y luego podéis desaparecer para arreglarlo. Seguro que a mi padre le encanta, siempre nos ha tenido solo a las chicas y somos de poca ayuda.

Jamie se preguntó si estarían Stephen y Christine. Asumió que sí, pero aún así prefería evitar a Stephen mientras fuera posible. No le caía bien y aún no podía creer que hubiese salido con él y que ahora tuviese que fingir que se alegraba de que se hubiera casado con su hermana.

–¿Por qué llamas a la puerta? –Mark se puso junto a ella y se puso de puntillas para coger la llave del marco de la puerta.

Jamie se la quitó y volvió a ponerla en su sitio.

–Porque la última vez que hice eso me encontré a mis padres haciéndolo en el sofá.

Mark y Alex hicieron una mueca.

–Joder –murmuró Alex–. Entonces llama, no tenemos prisa.

Jamie se rió y miró hacia la puerta cuando su padre abrió.

–¡Calabacita! –La abrazó con cariño y luego se presentó con Mark y habló unos minutos con Alex.

Jamie desapareció dentro de casa, buscando a su madre y su hermana. Era el primer año que se sentía ligeramente ilusionada por verlas. Incluso toleró a su cuñado.

El ruido de Stephen y su hermana discutiendo en la habitación de atrás la detuvo. No quería meterse en líos, pero se prometió que en cuanto acabaran las fiestas hablaría con Christine sobre su matrimonio. Algo iba mal y notaba los efectos físicos de ello en su hermana. Se le partía el corazón, por decir poco, pero sabía que Stephen era un capullo.

–Mamá –Jamie llamó y entró a la cocina.

–En la alacena. –Su madre asomó la cabeza por la puerta de la gran alacena–. Estaba buscando canela para los boniatos. No la encuentro por ninguna parte, aunque me ayudaría ponerme las gafas, sin duda.

Jamie se echó a reír y entró a la alacena.

–¡Jamie! Creo que has adelgazado más –inclinó la cabeza–. Te ves... feliz. –Su madre le quitó una pelusa del hombro de forma distraída–. ¿Estás a régimen? ¿O tu jefe te tiene corriendo como un pollo sin cabeza?

Jamie ignoró el comentario y se centró en la estantería de las especias.

–¿Qué vamos a comer?

–Siempre pensando en comida, ¿eh?

–¡Mamá! ¡Feliz Navidad para ti también!

Su madre parpadeó y luego abrió mucho los ojos.

–Lo siento, cariño. Es solo que me preocupa que vuelvas a engordar. Te ha costado tanto perderlo, me gustas como estás ahora, sana y feliz.

–Esto no va a cambiar –Jamie apretó los dientes y se obligó a respirar hondo por la nariz–. ¿Qué vamos a comer? –Se quedó mirando a la estantería de las especias, prefería mirar al tomillo, la sal y cualquier otra cosa antes que a su madre.

–Tenemos de todo, pero yo no preparé el pavo, ya sabes que Alex ha encargado uno –no sonaba muy impresionada.

–¿Qué? –Jamie miró hacia atrás mientras le pasaba a su madre la especia que estaba buscando.

–Sí. Alex habló con tu padre hace unos días y le dijo que quería darle la oportunidad a su chef personal de ganarse un dinero hoy. Y el hombre no iba a aceptar un cheque si no era por cocinar, así que Alex le pidió que nos preparara un pavo. Debería llegar de un momento a otro. –La madre se encogió de hombros y salió de la alacena.

Jamie se marchó a buscar a su guapo novio, quería decirle que era un cielo. Su madre no estaba muy contenta por tener que cederle la cocina a otra persona, pero que se aguantara. Era muy dulce de parte de Alex, en muchos sentidos. Su generosidad de pronto parecía inagotable y pensar en dónde podría estar ella si no estuviera con él era demasiado.

Se oyó un portazo a la derecha y Jamie se detuvo. Christine venía hacia ella. Su hermana intentaba con todas sus fuerzas no llorar, aunque no falló miserablemente.

–Hey. –Jamie caminó por el pasillo, no sabía qué esperar.

Christine no se detuvo hasta abrazar a Jamie y soltar un chillido breve.

–Siento muchísimo lo que hice este año. Odio a este bastardo. Tu deberías odiarme como yo lo odio a él. ¿Me perdonas? Por favor. –A su hermana le temblaba todo el cuerpo mientras lloraba sobre el hombro de Jamie.

–Si ya te he perdonado, ¿no lo recuerdas? –Jamie le devolvió el abrazo, intentando que los buenos recuerdos de cuando eran pequeñas fueran la base para los futuros recuerdos con Christine. Podían empezar su relación desde allí, Jamie estaba deseándolo.

–Siento ser tan desastre –Christine se echó hacia atrás y se limpió los ojos–. Pero es que lo odio.

–Pues que se quede allí con su culo plantado todo el día, nosotras vamos a divertirnos. –Le tocó la mejilla–. Ve a ayudar a mamá antes de que estropee los boniatos. Ha vuelto a perder las gafas.

–Me vendría bien una copa y perderme en ella. – Christine asintió y se rió brevemente, luego se giró y se marchó a la cocina.

Jamie salió al frente. Mark y Alex estaban terminando la recolocación de las luces.

–¿Queréis beber algo, chicos? –les preguntó, mientras se presionaba la frente con una mano y se ponía junto a su padre.

Él le pasó su fuerte brazo sobre los hombros y la apretó contra su costado.

–Buen chico el que has encontrado.

–Eso creo yo. –Jamie se giró para sonreírle a su padre.

–¿Whisky? –Alex se giró y miró hacia abajo desde el punto más alto del tejado.

–Para mí una cerveza, por favor –dijo Mark moviendo la mano.

–Por favor tened cuidado. Os quiero mucho a los dos. –Jamie sacudió la cabeza y se apoyó en su padre—. Me preocupa Christine.

–No tienes por qué preocuparte. Tu hermana tiene mucho carácter. Nadie puede pisotearla si ella no lo permite. Ya se las arreglará. Se parece demasiado a tu madre para no hacerlo. –Se agachó y le dio un beso en la cabeza.

–¿Mamá y tú estáis bien? ¿Lo lleváis bien?

–Mejor que nunca, cariño. Es una buena mujer y estoy agradecido de tener otra oportunidad de pasar mi vida con la mujer con la que me casé. Tiene sus cosas, pero yo también. –Sonrió de oreja a oreja y se apartó—. Yo también quiero whisky, si vas a traernos tú las copas.

–Sí. –Jamie se giró y volvió a casa. Empezaba a sentirse agradecida por la forma en la que estaban saliendo las cosas.

Su madre intentaba ser agradable y al menos se llevaba bien con su padre. La situación de su hermana se solucionaría, aunque no sería fácil. Stephen era un capullo y medio, pero sin él Jamie nunca habría conocido a Alex.

Acababa de servir las copas cuando los chicos entraron al comedor. Alex fue directo a Jamie y la abrazó, acercándose para besarla unas cuantas veces.

–¿Y eso? –preguntó ella.

–Solo que estoy agradecido por no haber muerto allá arriba. Recuérdame la próxima vez que intente hacerme el héroe que odio las alturas. –Le guiñó un ojo y le dio un buen trago a su vaso.

La madre de Jamie apareció por la puerta abierta del comedor, levantando una botella de vino tinto.

–Creo que ya casi estamos. ¿Queréis tinto o blanco con la cena?

Un “¡ambos!” sonó clarito por toda la habitación cuando sonaba el timbre.

—Quizás sea Murray. Voy yo. —Alex caminó hacia la puerta mientras Jamie se dejaba caer en la silla más cercana al árbol de Navidad. Estiró la mano para tocar varios de los adornos de su infancia, reviviendo una parte con cada uno de ellos.

Alex se giró, traía un enorme pavo que aún parecía echar vapor de caliente.

—Abrid espacio para la atracción principal. —Su voz sonaba cansada, sus músculos se veían agotados.

*Buenísimo. Está buenísimo.* Jamie casi suelta una carcajada cuando su hermana murmuró exactamente lo mismo. Miró por la ventana y vio a Stephen que caminaba hacia su coche con cara de enfado. Arrancó y se marchó a toda velocidad. Jamie se preguntaba si debía decírselo a Christine, pero decidió que dejarlo para después era mejor.

—Ayudemos a traer todo a la mesa. —Jamie se levantó e hizo que Mark y Christine también ayudaran.

Parecía que al hermano de Alex le había gustado la hermana de Jamie automáticamente, pero Mark era un tipo amigable con todo el mundo. De todas formas no era el momento de que nadie le echara los tejos a su hermana. Jamie dudaba que Mark lo fuera a hacer, pero Christine, por otra parte... nunca se sabía lo que quería hasta que le encajaba el diente a algo o a alguien.

Tras llevarlo todo a la mesa, Jamie se sentó entre Alex y su hermano. Se sentía bien, a gusto, a salvo entre los dos. Su padre bendijo la mesa y luego todos empezaron a pasarse los distintos platos.

—Vale. Tenemos una tradición familiar cuando comemos —dijo la madre de Jamie—. Todo el mundo tiene que contar algo por lo que se siente agradecido este año.

—Oh, es fácil —El padre de Jamie cogió la mano de su mujer—. Estoy agradecido porque hayamos solucionado nuestras diferencias. Te quiero más ahora que el día en que nos casamos.

La madre se abanicó la cara mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Vaya, hombre, haces que me emocione. Pero supongo que yo también me siento agradecida por eso. Entre haber arreglado las cosas contigo, la boda de mi niña y Jamie que consiguió novio, mi vida es mucho mejor.

Esa era toda la dulzura de la que la madre era capaz. No era perfecta, ni muchísimo menos, pero equivalía a decir te quiero, Jamie no iba a obtener nada más. Jamie se puso la servilleta en los ojos.

—¡Jope con vosotros dos! Ya me habéis emocionado.

Alex se rió y deslizó una mano sobre la pierna de Jamie.

–Yo estoy agradecido por haber conocido a Jamie. Por haberme enamorado de ella y por la reconciliación que ella hizo posible entre Mark y yo. Tengo que darle las gracias por ello.

Jamie le dio un golpecito en el pecho mientras se le escapaba un suave sollozo.

–¡Me toca! –dijo Mark con alegría–. Yo estoy agradecido por todo ello, pero mucho más porque mi hermano mayor, al que he admirado toda mi vida, acaba de ofrecerme el apartamento que tiene en su mansión y un trabajo en su empresa. Me mudo en un mes más o menos. Le agradezco que me haya salvado el culo.

Jamie se giró y emitió un ruidito de entusiasmo mientras las lágrimas seguían cayendo por sus mejillas.

–¿Estás de coña?

–¡Jamie! –chilló su madre mientras se llevaba la copa de vino a los labios.

–No estoy de co... broma. –Mark miró a la madre de Jamie y le guiñó un ojo mientras todos se echaban a reír.

La voz de Christine fue suave pero llamó la atención de Jamie.

–Yo no siento que tenga mucho que agradecer, pero es curioso que me sienta agradecida por haberme dado cuenta de que no siempre he sido muy agradable, especialmente con Jamie. Mamá se siente agradecida porque me he casado, pero fue mucho trabajo, tanto para la boda como después. Quizás por haber sentido que alguien me hacía daño me he dado cuenta de en quién me había convertido. Estoy agradecida por ello y por la gente que se ha portado bien conmigo aún cuando no lo merecía. –Levantó su copa–. Gracias por las segundas oportunidades.

–¡Sí, señora! –silbó Mark y levantó su copa junto a la de Christine.

–¡Jo, chicos! –Jamie empezó a llorar aún más, pero logró levantar su copa hacia el centro de la mesa–. Yo disto mucho de ser perfecta, pero estoy agradecida por esta vida, que os incluye a todos vosotros.

Todos mostraron que estaban de acuerdo mientras las copas chocaban entre sí en perfecta armonía.

\*\*\*

Jamie le pidió a Alex que parara el Lexus cerca de una antigua pista de patinaje sobre hielo que solía ser de las atracciones más importantes en el



pequeño pueblo por el que pasaban. Ya nadie la usaba, pero los recuerdos de cuando su padre la llevaba allí la inundaron.

Mark decidió pasar la tarde viendo el fútbol con el padre y la hermana de Jamie, algo que resultaba extraño aunque no tanto. Mark no conocía a nadie allí y Jamie estaba segura de que se encontraría muy a gusto en casa de sus padres ahora que iba a mudarse con ella y con Alex.

—¿Qué pasa? —Alex le cogió la mano.

—Recuerdos. ¿Podemos bajar un minuto? Solo quiero ver si el viejo estanque en el que mi padre me enseñó a patinar sobre hielo aún está allí, — Miró a Alex esperanzada.

—Claro. Puedes hacer todo lo que quieras, ya lo sabes.

—¿Cualquier cosa? —Sonrió con malicia.

—Pensándolo bien, aquí hace demasiado frío. Mejor te llevo a casa y nos calentamos frente a la chimenea —mover las cejas arriba y abajo.

—Vale, sí, eso suena bien. —Jamie miró al paisaje helado—. Además... es mejor dejar el pasado en el pasado.

—¿Ahora que tienes un futuro tan brillante frente a ti? Totalmente de acuerdo. —Se llevó la mano de Jamie a la boca y le besó los dedos con suavidad—. Gracias por mi regalo de esta mañana. Es el mejor que me han dado nunca.

—¿Qué? Si no fue nada.

—Claro que sí. Era tu corazón. Es lo único que quería desde que te conocí. Jamie inspiró temblando y asintió.

—Es todo tuyo, te lo aseguro.

—Y el mío es tuyo.

Los labios de Alex se posaron suavemente sobre los de ella y Jamie imaginó que sus dos cabezas juntas formaban un corazón. Lo amaba, le costaba recordar lo que había sido su vida antes de conocer a Alex.

—Feliz Navidad, señorita Connors.

—Feliz Navidad, señor Reid.

Jamie sonrió sobre la boca de Alex, segura de que nunca se había sentido más feliz que en aquel momento.

FIN

## **Nota de la autora:**

¡Gracias por leer la Serie La Asistente Personal!

Espero que hayas disfrutado de esta novela breve de Navidad. Siempre quise escribir una y esta serie me ha dado la oportunidad perfecta para ello ☺

Me encanta escuchar la opinión de mis lectoras, saber lo que les parecen mis personajes, si quieren saber más de ellos o ver a otros personajes.

¡Espero que hasta ahora estés disfrutando la Serie!

Tienes mi información de contacto en la siguiente página!

Besos, Lexy



# Encuentra a Lexy Timms:

**Lexy Timms Newsletter:**

<http://eepurl.com/9i0vD>

**Lexy Timms Facebook:**

<https://www.facebook.com/SavingForever>

**Lexy Timms Web:**

<http://lexytimms.wix.com/savingforever>



# Managing the Bosses Series

The Boss

<https://books2read.com/u/boXz93>

The Boss Too

<https://books2read.com/u/3na9Kb>

Who's The Boss Now

<https://books2read.com/u/brKRe3>

Love The Boss

<https://books2read.com/u/b6aLJ4>

I Do The Boss

<https://books2read.com/u/3LzKD4>

Wife of the Boss

<https://books2read.com/u/3yq7n3>

Employed to the Boss

<https://books2read.com/u/mgAlxb>

Brother to the Boss

<https://books2read.com/u/boGYLb>

Senior Advisor to the Boss

<https://books2read.com/u/md12X4>

Forever the Boss

<https://books2read.com/u/31nEwm>

\*GIFT FOR THE BOSS

Christmas Novella (3.5)

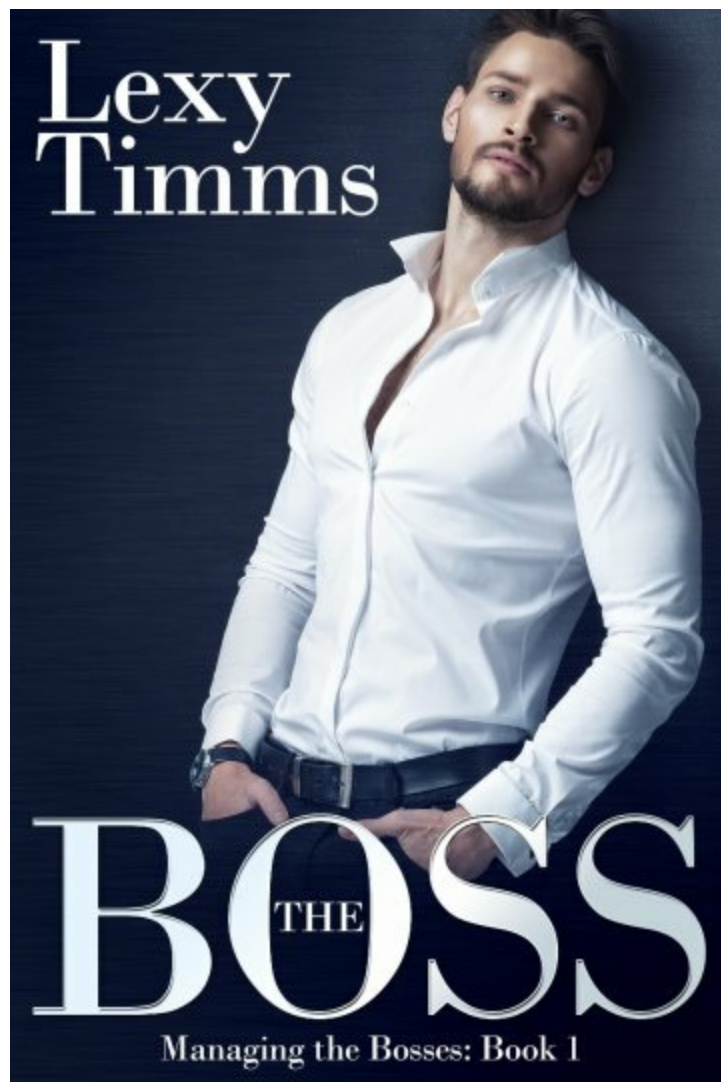
<https://books2read.com/u/3816Bm>

# Lexy Timms

Managing the Bosses: Series



## Otros libros de Lexy Timms:





Lexy  
Timms

# THE BOSS

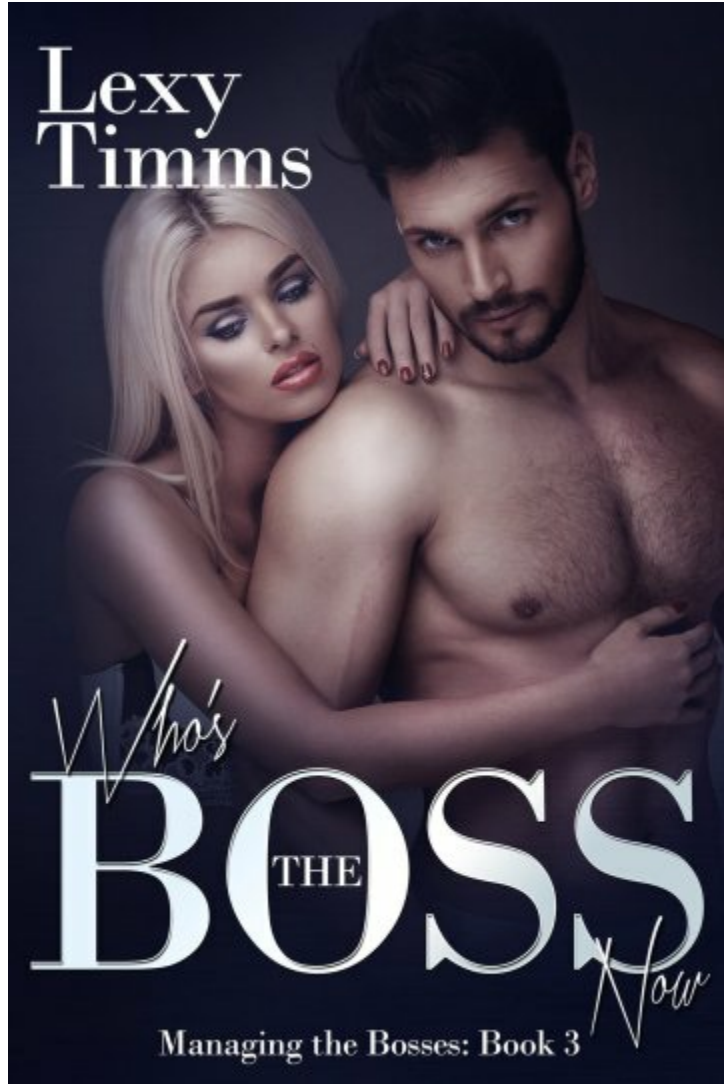
Managing the Bosses: Book 2



Lexy  
Timms

*Who's*  
**THE BOSS**  
*Now*

Managing the Bosses: Book 3



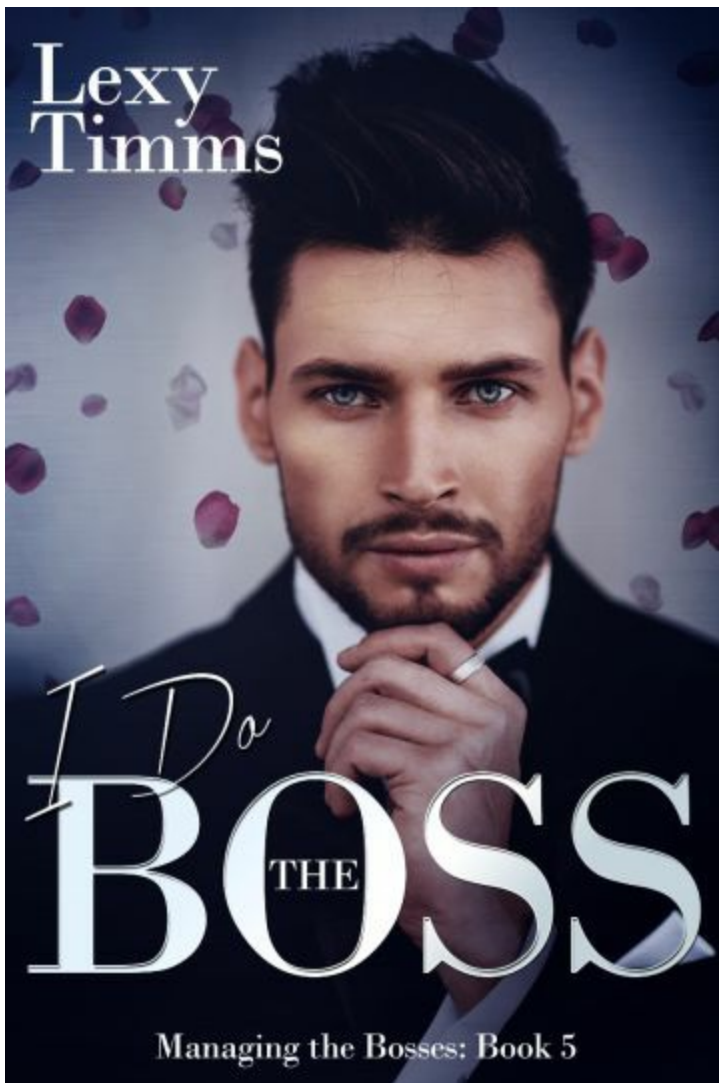


Lexy  
Timms



*Love*  
**THE BOSS**

Managing the Bosses: Book 4



Lexy  
Timms

*I Da*  
**THE BOSS**

Managing the Bosses: Book 5



Lexy  
Timms

*Wife to*  
**THE BOSS**

Managing the Bosses: Book 6



Lexy  
Timms

*Employed by*  
**THE BOSS**

Managing the Bosses: Book 7





Lexy  
Timms

*Brother to*  
**THE BOSS**

Managing the Bosses: Book 8

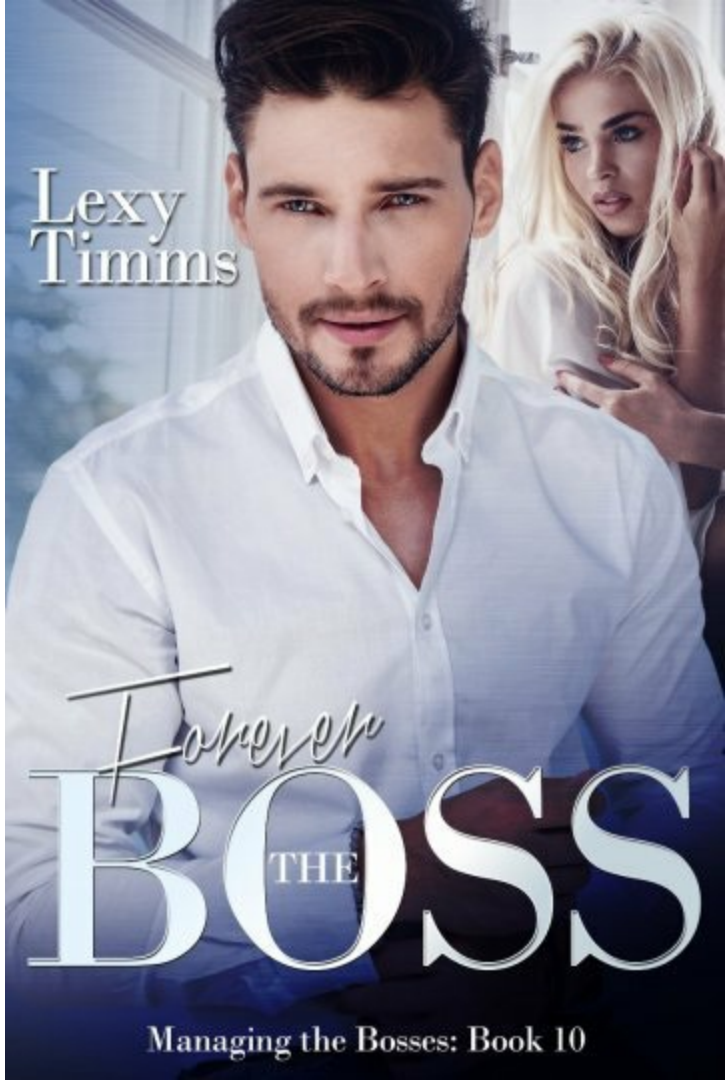


Lexy  
Timms

*Senior Advisor to*  
**THE BOSS**

Managing the Bosses: Book 9





Lexy  
Timms

*Forever*  
**THE BOSS**

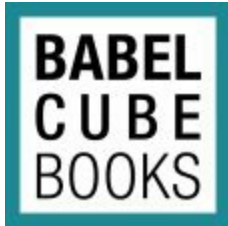
Managing the Bosses: Book 10

## **Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales**

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

## ¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



### **Tus Libros, Tu Idioma**

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

[www.babelcubebooks.com](http://www.babelcubebooks.com)